

Alina
Covalschi

Engaños

TRILOGÍA DULCES TENTACIONES

Libro 1

DOLCE
BOOKS

Libros4.com

Engaños



TRILOGÍA DULCES TENTACIONES
Libro 1

ALINA COVALSCHI

Índice

Capítulo 1
DULCES MENTIRAS

Capítulo 2
EL PASADO NO SE OLVIDA

Capítulo 3
RECUERDOS

Capítulo 4
SOLO UN AMIGO

Capítulo 5
NUEVO TRABAJO

Capítulo 6
RECUERDOS

Capítulo 7
SALSA CON SABOR A BESO

Capítulo 8
CARICIAS EXCITANTES

Capítulo 9
JUGAR CON FUEGO

Capítulo 10
TEQUILA Y LIMONES

Capítulo 11
UN BESO CORRESPONDIDO

Capítulo 12
BRASIL

Capítulo 13
OJOS AZULES



Capítulo 14
SOLO UNA NOCHE



Capítulo 15
UN TATUAJE



Capítulo 16
SABANAS FRIAS



Capítulo 17
PLANES MALVADOS



Capítulo 18
LÁGRIMAS DE FELICIDAD



Capítulo 19
TODO ESTÁ BIEN



Capítulo 20
EL AMOR LO CURA TODO



Capítulo 21
PROMESAS



Capítulo 22
PROBANDO SUERTE



Capítulo 23
RECUERDOS AMARGOS



Capítulo 24
ENFRENTAMIENTOS



Capítulo 25
DECISIONES



Capítulo 26
UN REGALO ESPECIAL



Capítulo 27
UNA COCINA CON ENCANTO



EPÍLOGO



Título: Engaños

©Alina Covalschi

©Dolce Books

Primera edición: junio, 2017

Diseño de portada: munyxDesign

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Capítulo 1

DULCES MENTIRAS



—Eres muy hermosa —dijo Tom mientras bajaba la cremallera de mi vestido.

Mi instinto me decía que debería salir corriendo y olvidarlo todo. Pero ese era mi trabajo y tenía que seguir mintiendo.

Era un gran error aprovecharse así de los hombres, lo sabía muy bien, pero necesitaba el dinero y no me importaba lo que tenía que hacer para conseguirlo.

—Gracias —murmuré, mirándolo por encima del hombro.

La cámara se había apagado y necesitaba alcanzarla sin que él se diera cuenta.

—Me gusta tu tatuaje. —Acarició mi hombro derecho—. Me parece algo único. ¿Por qué un paracaídas? ¿Tiene algún significado para ti?

—Fue por una apuesta —mentí, tras aclararme la garganta—. Voy un poco al baño. —Besé su cuello—. Mientras, puedes quitarte la ropa.

—A tus órdenes —dijo con una amplia sonrisa.

Agarré a cámara sin que me viera y entré rápidamente en el baño, sentándome en el borde de la bañera. Encendí la cámara y vi una luz roja parpadeando. Maldecí en voz baja, había olvidado cargarla.

Tenía a un hombre seguramente ya desnudo al otro lado de la puerta y

una sola oportunidad.

Rápidamente saqué el móvil de mi bolso y lo encendí. Lo miré fijamente pensando en una manera de usarlo sin que él se diera cuenta.

Busqué en mi bolso hasta que encontré precinto, ya teniendo una idea de cómo usarlo.

Pasé el precinto alrededor del móvil y la cámara consiguiendo tener un buen soporte. Encendí el móvil y lo puse en modo de grabar. Metí la cámara debajo de mis ropas y abrí la puerta del baño.

Efectivamente, el hombre me estaba esperando desnudo y ansioso. Dejé la ropa encima del mueble y destapé con cuidado el móvil.

Me acerqué a la cama lentamente, mis pasos eran pausados fingiendo una excitación de una mujer que se dirigía a su destino.

Esbozó una sonrisa que iluminó su rostro, desde sus cristalinos a su exuberante boca.

—Eres tan hermosa que sigo pensando que esto es un sueño. —Estiró las manos y acarició mis pechos.

No sentía nada, sus manos parecían piedras frías y aquel pensamiento me estremeció de arriba abajo. Se me había formado un nudo en la garganta, pero hice un esfuerzo para sonreírle.

—Sigue, Tom. —Me agaché, colocando mis palmas encima de sus piernas.

Mi trabajo consistía en grabarlos en situaciones bastante comprometedoras y los vídeos eran la clave para romper cualquier relación que tenían con sus mujeres.

No era obligatorio que me acostara con ellos, pero a veces tenía que desnudarme por completo para obtener buenas pruebas de infidelidades.

Siempre los dejaba a medias y eso era algo que me hacía disfrutar.

Tom tomó mi rostro en sus manos y cuando se agachó para besarme, giré la cabeza.

—Déjame a mí al mando —dije con un ligero tono de sugerencia, empujándolo suavemente.

Cayó de espaldas y me senté a horcajadas encima de él. Mi corazón empezó a latir con fuerza y se me secó la garganta. Habíamos llegado al punto que siempre me hacía salir corriendo, pero no había conseguido el video.

Me relajé al instante, y me agaché para besarle el cuello.

—Mmmm...—murmuró—. Esto es muy excitante.

Seguí besándolo con los ojos cerrados y durante unos breves segundos, me imaginé que estaba sola, pero la intensidad de sus caricias me trajo de vuelta a la realidad.

Tenía suficiente material como para hacer una pequeña película y no hacía falta seguir con la mentira.

Alcé la mirada y me bajé de la cama.

—¿A dónde vas? —preguntó extrañado.

—Vuelvo enseguida. —Aparté la mirada de su cuerpo desnudo—. Olvidé algo en el coche.

Me acerqué al mueble y agarré la ropa que cubría la cámara y el móvil. Tapé mi cuerpo con una sábana y abrí la puerta.

—¿Vas a volver?—gritó con un ligero mohín.

—Sí, volveré. —Cerré la puerta, sintiendo como el corazón golpeaba mi pecho con la fuerza de un martillo.

Justo en ese momento mi móvil empezó a vibrar y con dificultad

conseguí quitar el precinto que lo rodeaba. Contesté y me arrepentí de haberlo hecho.

—¿Ya lo tienes? —preguntó mi amiga y socia Tania.

—Sí, lo tengo —susurré y dejé escapar una exhalación temblorosa—. Un día alguien saldrá corriendo detrás de mí para matarme.

—No exageres —dijo ella riendo—. Se lo merecen. Muchas veces nos dejan a medias a nosotras y nos hacen sufrir bastante.

—Tienes una idea equivocada. No todos los hombres son iguales.

—¿En serio? ¿Alguno te rechazó?

—No, pero...

—Piensan con la otra cabeza.

—No quiero discutir contigo otra vez —comenté con irritación—. Estoy haciendo esto porque se gana mucho dinero.

—Y porque tu ex novio te dejó plantada.

—Voy a colgar —susurré—. Este hombre me dejó bastante tocada.

—Y excitada...

—Bueno, un poco.

Se hizo un silencio sepulcral al otro lado de la línea.

—No podría hacerlo...—susurró—. Si alguien me calienta, no puedo parar.

—Cuando no hay sentimientos, lo haces —admití, pensativa—. Todo esto es superficial. Es como un trabajo.

—Si tú lo dices...

—Te dejo, hablamos. —Corté la llamada y busqué con la mirada un

rincón apartado para poder vestirme.

Había aceptado ese trabajo porque necesitaba el dinero y porque mi amiga insistió en hacernos socias. Conseguir dinero era lo único que deseaba y estaba desesperada por conseguirlo. Mis padres dejaron atrás muchas deudas y no veía una salida limpia muy pronto. Prácticamente arruinaron mi vida y mataron mis ganas de seguir con mi vida. Mis sueños fueron truncados en segundos y todo el esfuerzo que había invertido en mi futuro se fueron a la basura.

Mi vida era un desierto y necesitaba encontrar un oasis para sobrevivir.

Capítulo 2

EL PASADO NO SE OLVIDA



—Ha quedado perfecto. —Jane se volvió hacia mí y sonrió—. Este vídeo es justo lo que necesito. Me quedaré con todo el dinero.

—Me alegro. Tu marido no sabe lo que le viene encima.

—Muchas gracias. —Me miró fijamente—. Eres muy hermosa, ahora entiendo porque todos caen en tu trampa.

—Lo hago por dinero —reliqué en voz baja y trémula.

—Bueno... —Se puso de pie—. Recibirás el dinero esta tarde.

Estrechó mi mano y luego salió de mi oficina dejándome con mal sabor de boca. No me gustaba mi trabajo, engañar a los hombres solo para que sus mujeres se queden con el dinero era algo que me producía asco.

Necesitaba el dinero y con eso se ganaba bastante, pero odiaba ser tan mala. Mis padres acumularon muchas deudas y cuando murieron, todo se me vino encima. Trabajaba solo para ahorrar dinero e intentar salir a la superficie.

—Tuviste una buena semana, ¿eh? —preguntó Tania y cerró la puerta—. Los ingresos no pararon de subir.

—Sí, estuvo bastante bien. —Me levanté y ella tiró una carpeta encima

de mi escritorio.

—Aquí tienes el siguiente trabajo —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? —Ojeé la carpeta—. Parece que esto. —La levanté en el aire—. Te tiene contenta.

—Puede que a ti también. —Se sentó en la silla—. Te encantará este hombre. Es muy guapo y puede que llegues a tener sexo.

—No me gusta mezclar el placer con el trabajo. —Me senté ofreciéndole una sonrisa forzada.

—Déjame a mí, entonces. —Puso un puchero—. Es un bombón y parece que tiene mucho dinero.

—Últimamente todos te parecen guapos. —Agaché la cabeza y cuando vi su foto, cerré la carpeta de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada, mirando la carpeta—. ¿No te gusta?

—No lo haré... Puedes quedártelo si quieres. —Tiré lejos la carpeta y las hojas cayeron al suelo—. Es todo tuyo. —Me levanté y ella me agarró por el brazo.

—¿Qué pasa, joder? Nunca te vi tan enfadada.

—Ese hombre... ese... mira, necesito salir de aquí. —Me solté y empecé a caminar.

—Oh, no —dijo ella levantando el tono—. Este trabajo está muy bien pagado y yo...—Me giré y ella se señaló con el dedo—. Sabes que no puedo hacerlo, la última vez salí corriendo y la policía casi nos pilla.

—Con él no —bramé—. ¿Entiendes? Con ese hijo de puta, no.

—¿Lo conoces? —preguntó suavemente.

—Ese idiota me dejó tirada al altar —dije con rabia y dolor—. Pasé mucha vergüenza por su culpa.

—Pues ahora tienes la oportunidad de vengarte. —Sonrió maliciosamente—. Déjalo sin nada.

—No puedo... yo estuve enamorada de él. —Agaché la cabeza—. No podría soportar que me toque otra vez. Me costó muchísimo olvidarlo.

—Por lo que veo, no lo has olvidado cariño —comentó y alcé la mirada—. Te sigue gustando.

—No lo sé, pero no pienso averiguarlo.

—Si no quieres, no puedo obligarte. Somos socias y puedes decidir por ti misma. Pero con este trabajo podrás terminar de pagar las deudas y estarás libre.

—Puede que tengas razón. Me agaché y empecé a recoger los papeles —. Lo pensaré estos días.

—Bueno, tengo que atender a las demás mujeres. —Abrió la puerta—. Hablamos luego.

—Sí. —Metí los papeles dentro de la carpeta—. Voy a salir un momento a dar un paseo, puede que encuentre la respuesta.

—No olvides que vales mucho y eres una gran persona. Luchaste mucho para limpiar el nombre de tus padres y creo que llegó la hora de olvidar todo esto. —Cerré la puerta y permanecí quieta, con los brazos colgando hacia abajo.

Pasaron diez años, diez malditos años intentando olvidarlo, pero la vida lo había colocado de nuevo en mi camino y tenía que enfrentarme a él.

Tania tenía razón, era una buena oportunidad para vengarme, pero no sabía si tenía suficiente valor para hacerlo. Lo amé muchísimo y estuve muy

ilusionada con la boda, lo tenía todo preparado hasta el último detalle. Cuando me pidió matrimonio fui la chica más feliz de la tierra y cuando me dejó tirada fue el peor día de mi vida.

No tuvo el valor de dar la cara, nunca supe por qué se había ido y nunca supe por qué me había dejado.

Iré a caminar un poco, ver su rostro de nuevo me hizo volver al pasado, a ese primer paso hacia el abismo de la tristeza.

Capítulo 3

RECUERDOS



Abrí la carpeta para mirar la dirección. Vivía en el barrio más rico de la ciudad y trabajaba en las oficinas cercanas a mi casa.

Dejé las hojas encima de la mesa y las fotografías cayeron al suelo. Me agaché para recogerlas y cuando vi su rostro, sentí una fuerte punzada en el pecho.

—Este es el día más feliz de mi vida, Christian. Tengo todo lo que necesito justo aquí. —Toqué su pecho con mis manos para sentir el pulso de su corazón—. Saber que me amas tanto como yo a ti es perfecto.

—Cuando te vi por primera vez, supe que serías el amor de mi vida. Cada gesto tuyo, cada sonrisa y cada mirada me cautivaron.

—Me gustabas, pero no quería admitirlo.

—Fue difícil conquistarte y ahora por fin puedo decir que valió la pena, aunque la floristería se quedó sin rosas.

—No dejes de regalarme flores, sabes que me encantan.

—No lo haré, pero tendré que buscar otra floristería. —Rio.

—*Gracias por todo, Christian. Gracias por amarme.*

—*Gracias por aceptar casarte conmigo. Intentaré hacerte feliz todos los días.*

Una pequeña lágrima resbaló por mi mejilla y la sequé con rabia. Odiaba llorar, lo hice tanto tiempo que me extrañaba que aún me quedaran lágrimas.

Me había aislado después de ese día y dejé de ver a mis amigos. Llegué a tener depresión y había adelgazado muchísimo.

Todo cambió cuando conocí a Tania, su manera de afrontar la vida me dio fuerzas para superar mi tristeza y salir de ese estado.

Ver de nuevo su rostro me recordó el pasado y aunque no quería admitirlo, él seguía siendo el dueño de mi corazón. Aún lo amaba, era extraño como el amor se volvió más fuerte con los años, en vez de apagarse y desaparecer.

—Aquí estás, Tom. —Acaricié a mi gato—. Estuviste todo el día desaparecido. —Ronroneó en mis brazos—. ¿Encontraste alguna gatita?

Cuando mi móvil empezó a sonar, él saltó al suelo y se fue a la cocina.

—Dime, Tania —contesté y aparté un poco el móvil—. ¿Dónde estás? Se escucha música...

—Estoy en la nueva discoteca, Marmey —gritó—. Ven, te estamos esperando.

—¿Con quién estás?

—Con Alan y John.

—¿Sigues allí? —pregunté, pero no escuché ninguna respuesta—.

¿Tania?

Apagué el móvil y entré rápidamente en la habitación. Me cambié de ropa y me arreglé un poco.

Llevaba tiempo sin salir por las noches, pero lo necesitaba, mi cuerpo pedía alcohol a gritos.

Llamé un taxi y me llevó a la discoteca. Cuando entré busqué con la mirada a Tania y la vi bailando con John. Suspiré porque eso significaba que Alan estaba solo.

Alan siempre intentaba aprovechar cada oportunidad para acercarse a mí. Era guapo, no podía negarlo, pero mi corazón estaba cerrado, no admitía personas. No quería sufrir otra decepción y simplemente intentaba no acercarme a nadie.

—Hola guapa —susurró Alan y me abrazó por detrás—. Estás preciosa esta noche.

—Gracias. —Di la vuelta y me quedé embobada al ver su sonrisa—. Tú también —murmuré y él se agachó para darme un beso en los labios.

Me gustaba como me miraba y cada gesto suyo mostraba ternura y cariño.

—Me alegro que hayas venido. —Tocó mis labios con su dedo pulgar—. Esos dos me dejaron solo.

—Eso te pasa por salir con ellos. —Sonreí—. A mí me pasa igual.

—¿Cómo estás? —Tiró de mí para que me sienta en una de las sillas—. No me contestas a los mensajes.

—Alan...

—Lo sé, no quieres comprometerte con nadie —. Se sentó a mi lado—.

Me gustas mucho, Clara. Acepta salir conmigo, prometo no hacerte daño.

—No quiero herir tus sentimientos y sabes que sigo sin confiar en los hombres. —Agarré el vaso que me dio—. Necesito más tiempo. —Di un sorbo y recorrí el local con la mirada—. Ay Dios mío —susurré al ver a Tom—. No me puede ver...—dije un poco asustada—. Normalmente no reaccionan bien. —Escondí mi rostro en el pecho de Alan.

—¿Otro marido infiel? —preguntó y me abrazó—. Yo los entiendo a todos... —Levanté la mirada—. Eres muy hermosa y créeme que es difícil no reaccionar a tus encantos. —Acarició suavemente mi rostro.

—Solo es un trabajo, nada más.

—Lo sé. —Sonrió—. A veces siento celos. —Rozó mis labios con sus dedos—. Ellos te tocan, te besan... —Miró mis labios.

—Y nada más, Alan —dije y él subió la mirada—. Lo sabes.

—Lo sé. —Me dio un beso corto y suspiró—. Sabes que si necesitas dinero me lo puedes pedir. No hace falta hacer esto.

—Es mi problema, de nadie más. No puedo aceptar tu dinero.

—Tenía que intentarlo una vez más.

—Hola, Clara —dijo John y se agachó para besar mi mejilla.

—Hola. —Sonreí—. ¿Dónde está Tania? No me digas que te dejó tirado.

—Aún no. —Río y se sentó en una silla—. Se fue al baño y dijo que no es una buena idea que te dejemos sola. ¿Sabes a qué se refiere?

—Sí. —Busqué con la mirada a Tom.

Se veía triste, tenía la mirada apagada y al verlo en ese estado, me hizo querer levantarme y pedirle disculpas. Sabía que sería un error y por eso

decidí no hacerlo. Podía reaccionar de una manera violenta y no quería problemas. Solo esperaba no cruzarme con él y tener una noche agradable en compañía de mis amigos.

Lo necesitaba para olvidarme de él, para olvidar que tenía que verlo de nuevo. Pasaron muchos años y mi rostro había cambiado mucho, pero podía reconocermelo.

—¡Vamos a divertirnos, amiga! —gritó Tania y tiró de mí para que me vaya con ella—. Sonríe, pronto todo terminará. —Me llevó a la pista de baile.

—No lo creo... —susurré—. Esto acaba de empezar —dije pensando en Christian.

Capítulo 4

SOLO UN AMIGO



—¡Wow! —exclamé y me aferré al cuello de Alan—. Estoy más borracha de lo que pensaba.

—Me parece que sí. —Me tomó en brazos y empezó a caminar.

—Despacio —grité—. Mi cabeza da vueltas...

—Lo haré despacio —susurró—. No pesas nada. Algo me dice que no te alimentas bien.

—Puede que tengas razón. —Metí la cabeza en su cuello—. Hueles bien...

—Gracias, tú también.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —pregunté justo cuando llegó delante de mí puerta.

—Por supuesto. No quiero dejarte sola en este estado. —Me dejó con cuidado en el suelo.

Abrió el bolso y empezó a buscar las llaves de mi apartamento.

—Gracias, eres un buen amigo —dije y él levantó la mirada.

—¿Solo un amigo, Clara?

—Alan...

—Sabes que yo no te veo como una amiga. —Metió la llave en la cerradura—. Quiero más.

—No puedo Alan. —Entré detrás de él—. Creo que...

—Me iré. Tranquila...

—Alan, lo siento —dije, pero él negó con la cabeza.

—No lo sientes. Es mi culpa. Estoy insistiendo en algo que nunca pasará. —Se acercó y me dio un beso en los labios—. Te quiero, no lo olvides. —Me miró con tristeza.

Abrió la puerta y salió sin mirar atrás.

Me quedé mirando la puerta unos largos minutos. No me gustaba hacerle sufrir porque sabía que se sentía cuando te rechazaban, pero no podía darle lo que él pedía.

Me gustaba, pero nada más, mi corazón seguía ocupado. Por más que intentaba vaciarlo, no lo conseguía. Seguía enamorada de Christian y me había dado cuenta de eso cuando vi de nuevo su rostro después de tantos años. Despertó el amor que había enterrado con tanto empeño en el fondo de mi corazón.

Cerré la puerta con llave y empecé a quitarme la ropa, necesitaba una ducha bien fría.

Al día siguiente tenía que actuar y entrar en el papel que hacía Clara, la mujer seductora. Tenía que encontrar alguna manera de acercarme a Christian sin que sospechara quién era yo en realidad.

Me había informado un poco sobre su trabajo y podía encajar con facilidad en el puesto de secretaria en su empresa. Hace años trabajé en una oficina y sería retomar los viejos hábitos.

Solo esperaba a que mi amiga hiciera su movimiento a tiempo para conseguir ese puesto.

—Maldito despertador —grité molesta—. ¿Dónde mierda estás? —Lo busqué y al ver que no lo encontraba, tapé mi cabeza con la almohada.

Mi gato se asustó y saltó de la cama.

—Tom, ven aquí —susurré—. Lo siento pequeño.

Al ver que no me hacía caso, quité la almohada y levanté la cabeza. Encontré el despertador entre las sábanas y lo apagué.

—Que dolor... —Me quejé.

Con pocas ganas me levanté de la cama y cuando estaba a punto de entrar en la cocina, el timbre de la puerta sonó.

—Espera —grité mientras abría la puerta.

—Hola, déjame pasar —dijo Tania y me empujó—. ¿Con este aspecto pretendes ir al trabajo hoy?

—¿Qué trabajo? Hoy es mi día libre y deja de chillar. Me duele la cabeza.

—Claro, anoche no había botella que se te resistiera. —Se cruzó los brazos y me miró—. Cuéntame, ¿qué pasó anoche con Alan? Por lo que veo, no sigue aquí.

—Se fue... no pasó nada.

—Mejor. Ese hombre está pillado por ti bastante y podrías tener un problema a la hora de quitártelo de encima.

—Que insensible... —murmuré y empecé a caminar—. Necesito un café, ¿quieres?

—No tienes tiempo para café. Vístete, arréglate y ven conmigo. Hoy es tu primer día de trabajo en las oficinas Blue & White.

—¿Hoy? —bramé mirándola con horror—. No soy capaz de trabajar...

—Lo harás. —Me agarró por el brazo—. Vamos a buscarte algo elegante.

—Estás loca si piensas que iré a trabajar hoy. —Me solté.

—Conseguí un puesto para ti, te están esperando. Esta es tu única oportunidad para entrar allí.

—Vale, pero no hoy.

—Sí, hoy. Lo siento, pero no puedo cambiar el día.

—Te odio.

—Y yo te quiero. —Sonrió—. Arréglate, te espero aquí. —Se sentó en el sofá—. No tardes. A tu jefe no le gusta que sus empleados lleguen tarde.

—¿Y quién es mi jefe? —pregunté mientras caminaba.

—Christian. —Soltó riendo—. ¿A qué esto es genial? Pronto lo tendrás comiendo de tu mano y conseguirás el vídeo.

Cerré la puerta del baño y suspiré. Tenía que verlo y enfrentarme a él, solo esperaba a que no me reconociera. No quería rendirme ante ningún tipo de ultimátum, pero no me quedaban opciones.

Capítulo 5

NUEVO TRABAJO



Clara

—Bueno, suerte amiga —dijo ella y me dio un abrazo—. La vas a necesitar. —Me guiñó un ojo y arrancó el motor.

—Te odio —murmuré al instante que mi zapato tocó el suelo.

Salí del coche, y me fui caminando calle abajo.

Cuando el coche de mi amiga desapareció de mi vista, me giré para examinar el edificio. No era muy alto y no destacaba con nada especial entre los demás comercios. Ventanas grandes de cristal lo cubrían de arriba abajo y personas entraban y salían constantemente.

Me alisé la ropa y con pasos decididos entrando justo detrás de un señor que inmediatamente me sostuvo la puerta. Me guiñó un ojo y le respondí con una sonrisa.

Tania me había dicho que tenía que subir a la última planta porque allí estaban las oficinas de los arquitectos.

Christian había cumplido su sueño de ser un arquitecto de prestigio. Recordaba cómo por las noches se encerraba en su estudio para estudiar y no salía ni siquiera a cenar o beber agua

Christian

—Señor Wells, quiero recordarle que hoy se incorporará al trabajo su nueva secretaria —dijo Janice y levanté la mirada.

—Sabes que no quiero que te vayas.

—Lo sé y a mí también me da pena irme, pero mi marido insiste en que tengo que jubilarme ya. Tiene preparado un viaje y la verdad es que me hace mucha ilusión —dijo ella y se acercó para despeinarme—. Eres como un hijo para mí. Te vi crecer y llegar a ser todo un hombre, pero no sé si vale la pena el sacrificio que hiciste. No te veo feliz.

—Tenía que hacerlo... —Arrugué los papeles que habían encima de mi escritorio—. Mi padre me obligó y no tuve elección.

—La decisión correcta era abandonar y decirle que no. Es tu vida y solo tú puedes controlarla. Dejaste a una pobre chica plantada, ella estaba muy enamorada de ti...

—Cuando mi padre se enteró de quién era ella, decidió destruirla. Sus padres habían estafado la empresa de mi padre y sabía que, si decidía seguir con la boda, él encontraba la manera de hacerle daño. Lo hice por su bien.

—No me parece correcto. Tú no amas a tu mujer. Está contigo solo por el dinero.

—Ya no me importa. Mi ilusión de vivir murió ese día... cuando la abandoné delante de todos.

—Sigo diciendo que tienes que buscarla y explicarle. Pedirle perdón y...

—Ya es tarde. Pasaron muchos años. Seguramente que estará casada, como yo —dije con tristeza.

—Bueno, no pierdas la esperanza. —Sonrió y besó mi mejilla.

Ella fue como una madre para mí, dándome los mejores consejos cuando perdí el rumbo de mi vida. Mis padres eran ricos y los fines de semana se lo pasaban de fiestas y a veces de viajes.

No me gustaba ir con ellos y cada vez que me dejaban solo, una parte de mí se volvía loca y perdía los estribos. Me emborrachaba cada vez que salía y gastaba mucho dinero.

Todo eso hasta que la conocí, hasta que su mirada se cruzó con la mía. Me enamoré al instante y quería pasarme el resto de mi vida a su lado. Mi padre destrozó todas mis ilusiones en segundos y no paró hasta que mi corazón dejó de sentir.

Abandoné mis sueños y me dejé llevar por la superficialidad de las cosas, olvidando por completo que se sentía cuando te quieren de verdad.

Clara

—Buenos días —dije cuando llegué delante de un pequeño despacho.

—Buenos días, querida —contestó una mujer de mediana edad y sonrió abiertamente.

Su rostro me pareció familiar, pero no sabía dónde podría haberla visto.

—¿Es usted la señorita Evelyn Moore? —preguntó y frunció el ceño.

Mi amiga había olvidado mencionar ese pequeño detalle. Había usado otro nombre para mí y no se tomó la molestia de advertirme.

—Eh, sí. Esa soy yo. —Sonreí y ella hizo lo mismo.

Me miró de arriba abajo y torció los labios en una sonrisa pícaro. Ese gesto suyo me pareció raro, pero decidí callarme.

—He leído tu currículum y encajas perfectamente en este puesto. — Seguía mirándome intensamente—. Hoy es mi último día y aprovecharé para explicarte algunas cosas.

—Muchas gracias...

—Me puedes llamar Janice y estaré viniendo de vez en cuando por aquí. —Me guiñó un ojo y tragué saliva, ya empezaba a asustarme.

—El señor Wells dijo que pases a verlo en cuanto llegues. Yo me quedaré aquí para atender a los teléfonos —dijo sonriendo.

—Gracias.

Di un ligero toque en la puerta y cuando escuché su voz, me quedé petrificada con la mano en el aire. No quería montar una escena así que abrí la puerta y entré.

Lo vi delante de la ventana. Estaba de espaldas y el aire de la habitación comenzó a helarse. Bajé la mirada intentando calmarme y observé con atención el dibujo de la alfombra mientras contaba las rosas que formaban una corona.

Se dio la vuelta y levanté la mirada. Alto, delgado, de piel morena, cabello negro y músculos tensos, llevaba camisa blanca, corbata negra y un traje gris que le sentaba como todo buen traje debe sentar.

La nariz larga, fina y dura, la boca sensual y decidida. Y los ojos desafiantes y fríos como los de un cazador, dorados como un tigre. Un hombre de piedra.

Estuvo de pie, firme en el umbral, durante un momento, durante unos

segundos eternos y sus ojos extraños se fijaron en mi rostro.

Había pasado tanto tiempo, pero sus caricias y sus besos seguían presentes.

Había cambiado muy poco, pero era un extraño para mí.

Christian

Miré con asombro a la hermosa mujer que estaba en el medio de mi oficina, mirándome con miedo. Su belleza cautivaba y llamaba la atención.

Tenía un discurso preparado, pero olvidé todo lo que quería decir.

Era preciosa y tenía un cuerpo parecido a Clara, a la mujer que vivía en mis sueños, mujer que abandoné en el día más feliz de su vida, rompiéndole todas sus ilusiones y sueños.

No podía ser ella, era mi cerebro quien se empeñaba en engañarme la vista.

Caminé hasta su encuentro y cuando vi sus ojos, mi corazón dio un brinco. Expresaban una tristeza que podía ablandar cualquier corazón frío. Esa mujer tenía algo que me hacía querer conocerla.

—Supongo que eres mi nueva secretaria —dije con una voz ronca que me tomó por sorpresa.

—Sí, soy Evelyn Moore. Encantada de conocerle señor Wells. —Estiró una mano y enseguida se la estreché.

Mi brusquedad la asustó y dio un paso hacia atrás.

—Lo siento, no fue mi intención asustarla. —Me excusé.

—No pasa nada. —Evitó mirarme a los ojos y cuando bajé la vista lo primero que hice, fue mirar por si llevaba algún anillo de compromiso.

No llevaba ninguno y sus dedos finos me recordaron a ella. Me recordaron las caricias que me despertaban cada mañana.

—Hoy es el último día de Janice y ella le explicará un poco cómo va el asunto. —Levanté la mirada y vi sus mejillas ligeramente sonrojadas.

Sonreí, la había puesto nerviosa y eso me gustó.

—Gracias por la oportunidad —dijo y se dio la vuelta.

—Espero que, a la hora de trabajar, tu ritmo mejorare. Aquí necesito gente enérgica y con ganas de trabajar —dije seriamente.

—Le aseguro que no se arrepentirá —dijo y abrió la puerta.

Ví a Janice sonriendo de oreja u oreja y gruñí en voz baja. Seguramente ya estaba pensando en que vestido ponerse en mi próxima boda.

Clara

—¿Se encuentra bien? —preguntó Janice mostrando preocupación.

—Sí, estoy bien. Supongo que me sentó mal el desayuno. —Mentí y ella torció los labios.

—Mhm...

—¿Dónde me siento? —pregunté para cambiar de tema.

—Aquí a mi lado. —Señaló una silla.

—Está bien. —Dejé el bolso encima de la mesa y me senté.

Mientras esperaba a que se encienda el ordenador, intenté recobrar la compostura. Engañarlo no sería fácil y eso era porque me había dado cuenta que mis sentimientos hacia él no habían cambiado, seguía amándole con la misma pasión.

Capítulo 6

RECUERDOS



Me pasé el día trabajando y poniéndome al día con la agenda de Christian. Janice se portó bien conmigo y me explicó todo lo que tenía que hacer.

—Me voy a comer —avisó ella—. Mi marido me espera abajo.

—Ah, bien. Yo me quedaré a terminar esto y luego iré a la cafetería que hay al lado. Comeré algún bocadillo... —Sonreí y ella me miró mal.

—Tienes que comer bien... —Se quedó pensativa—. Espera un momento —dijo y acto seguido, entró en la oficina de Christian.

Me quedé mirando la puerta sin saber qué había pasado. Cuando salió, me guiñó un ojo y luego se estiró para coger su bolso.

—Que tengas una agradable comida. —Dio la vuelta y empezó a tararear una canción.

Esa mujer era un poco extraña. Todo lo que decía o hacía, me daba escalofríos.

Miré la pantalla del ordenador y suspiré. Estaba cansada, había olvidado cómo era trabajar horas sin parar. Cuando terminé el trabajo, apagué el ordenador y me levanté. No me apetecía comer sola, siempre estaba acompañada por mi gato Tom. Era el único que me hacía compañía y lo

echaba de menos.

Giré sobre mis talones y tropecé con la alfombra. Me desequilibré justo cuando Christian abrió la puerta y enseguida me agarró por el brazo. Su firme contacto me produjo unas sensaciones dolorosas. Recordé como me tocaba, como me hacía el amor y deseé salir corriendo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado—. Parece que Janice tenía razón.

—¿Perdón? —Me alejé un poco y froté mi brazo para aliviar la tensión—. ¿A qué se refiere?—pregunté confundida.

—Vamos a comer. —Agarró mi bolso—. Así nos conoceremos mejor.

Lo miré incrédula; había olvidado que a veces era muy mandón. Había cambiado, mostrando un tono más frío y más decidido.

—No hace falta que se moleste. Bajaré a la cafetería y...

—Vendrás conmigo. —Me agarró por el codo y tiró suavemente—. No acepto un no por respuesta.

—Está bien —contesté sorprendida.

Esa faceta suya no me gustaba para nada, parecía otra persona. Caminé a su lado, evitando mirarle a los ojos. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me agarró por la cintura y me empujó suavemente hacia dentro.

Se cerraron las puertas y tragué saliva.

Algo tenían los ascensores porque me sentía nerviosa y excitada. Él me estaba mirando fijamente como si intentara descifrar lo que estaba pensando en ese momento y respiraba pesadamente.

—Espero que le gusten las pastas porque iremos a un restaurante italiano —dijo justo cuando se abrieron las puertas.

Ver personas caminando de un lado a otro me trajo de vuelta a ese mundo tan sofocante.

—Me encantan las pastas —dije y él sonrió.

Me encantaba esa sonrisa, era la misma que me despertaba todas las mañanas cuando éramos novios.

A los dos nos gustaban las pastas, era prácticamente lo que comíamos todos los días. Las personas nos miraban sorprendidas y era porque él seguía sosteniendo mi cintura.

Él era un hombre casado y entendía perfectamente las razones de esas personas. Recordé porque estaba allí y me preguntaba si podía seguir haciendo ese trabajo. No me sentía capaz de grabarnos para que su mujer tenga las pruebas que necesitaba para quedarse con su dinero.

Al principio quería vengarme y hacerle daño, pero al verlo de nuevo, mis propósitos murieron poco a poco.

Aún lo amaba y no quería hacerle daño, aunque él no dudó en hacérmelo a mí.

—¿Pasa algo? —preguntó al verme parada delante de su coche.

—Nada, sentí un ligero mareo —mentí y él gruñó.

Se acercó y abrió la puerta del copiloto.

Tomó mi mano para ayudarme a subir y cuando me senté, él se agachó para colocarme el cinturón de seguridad.

—Puedo sola —dije mirando con deseo sus labios, esa cercanía me afectaba bastante.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo yo. —Escuché un click y sonrió—. Te sentirás mejor después de la comida —dijo y vi cómo alzaba la mano para tocar mi mejilla.

Dejé de respirar y cuando dejó caer su mano, me mordí los labios para no gemir. Eso no me gustaba para nada, cada vez que lo tenía cerca quería besarlo o tocarlo.

¿Por qué no podía alejarme de él?

Se alejó despacio y cerró la puerta. Cuando se subió en el coche, arrancó y encendió la radio.

El destino se empeñaba en castigarme porque sonaba nuestra canción, la que él siempre ponía cuando hacíamos el amor. Vi como apretaba con fuerza el volante, con la mirada fija en la carretera. Se puso tenso al instante y, después de unos segundos, apagó bruscamente la radio.

—¿Pasa algo? —Me atreví a preguntar y él giró la cabeza.

Tenía la mandíbula apretada y sus labios dibujaban una línea fina y recta.

—No me gusta esa canción —dijo fríamente y cerré por unos segundos los ojos.

—A mí tampoco —susurré y eché la cabeza hacia atrás.

El aire se volvió pesado, imposible de respirar y las lágrimas amenazaban con salir. Quise abrir la puerta y tirarme, pero respiré hondo para controlarme. Pronto todo terminaría y dejaré de verle.

Capítulo 7

SALSA CON SABOR A BESO



Cuando Christian aparcó el coche delante del restaurante italiano que fue testigo de muchas cenas nuestras, agarré con fuerza mi bolso. Desde ese día, en que me dejó como una tonta delante del altar, no he vuelto a pisar el suelo de ese restaurante.

Allí fue donde lo vi por primera vez y allí fue donde me pidió matrimonio.

—Me encanta la comida que sirven en este restaurante. —Le dije a mi amiga Chelsea—. No entiendo cómo no te gustan las pastas.

—Me gustan, pero no soy tan adicta como tú. —Me miró divertida—. Si tanto te gusta como cocinan aquí, deberías decirles. Supongo que podrás colarte en la cocina y agradecer al chef. —Me guiñó un ojo.

—Hoy creo que no está. Dijo el camarero que la cocina está vacía y por eso hay solo lasaña en el menú —expliqué.

—¿Por qué no lo intentas? Si quieres yo te cubro.

—Esto parece de películas. Si quiero entrar en la cocina lo hago sin tener miedo a que me pillen. No voy a robar nada, solo quiero darle las gracias al chef. —Me puse de pie y ella empezó a reír.

Caminé hasta la puerta que separaba el salón de la cocina y miré hacia dentro por la ventana redonda. Vi como alguien se agachaba y tomaba un poco de salsa con una cuchara.

Pensé que ese era el chef y empujé la puerta para entrar.

—Hola —dije, pero no me contestó.

Metió la cuchara en la boca y cerró los ojos.

—Solo quería agradecerte por cocinar tan bien. Soy muy fan tuya —reí y él se giró para mirarme.

Aún tenía la cuchara en la boca y cuando sus ojos encontraron a los míos, empecé a reír a carcajadas.

—Tu barbilla y tu camiseta están manchadas de salsa. —Lo señalé con el dedo.

Sacó la cuchara de la boca, caminó despacio y cuando llegó delante de mí, metió la cabeza en mi cuello, manchándome de salsa.

—Parece que tú también estás manchada —dijo sonriendo y lamió despacio mi cuello—. Esta salsa tiene mejor sabor en tu piel, preciosa.

—Yo... —Intenté alejarme, pero me atrapó entre sus brazos—. Solo vine a ver al chef y será mejor que me sueltes si no quieres que grite.

—Si lo haces nos pillarán a los dos y no te gustará oír el castigo —susurró con los labios pegados a mi cuello.

—Voy a gritar —advertí y coloqué mis palmas en su pecho.

Levantó la mirada y cuando vi sus ojos, quedé embobada, ese hombre era muy guapo.

—Nos echarán del restaurante y créeme que me encanta venir aquí a comer —dijo mirando mis labios—. Si tú no dices nada yo tampoco voy a

decir nada. ¿Tenemos trato?

—Solo si me dices tu nombre —sonreí y él hizo lo mismo.

—Mi nombre es Christian y soy adicto a esta comida.

—Mi nombre es Clara y soy adicta a esta comida.

—¿Estás bien? —preguntó Christian justo cuando abrió la puerta del coche—. Tienes la cara de haber visto un fantasma.

—Puede que sí... —susurré bajito y agarré la mano que me ofreció.

—Te encantará la comida que sirven aquí —aseguró y forcé una sonrisa—. Soy cliente fiel.

No dije nada, solo lo seguí en silencio. Sus dedos acariciaban despacio a los míos enviando pequeñas descargas eléctricas por mi cuerpo.

Cuando tiré de la mano, él se sorprendió, pero no tuvo tiempo a reaccionar. Un camarero se nos acercó y le estrechó la mano libre.

—Señor Wells, que gusto tenerlo hoy aquí —Sonrió, mirándome de reojo.

—Hola, Carlos. Quiero la mesa de siempre —dijo serio y me agarró otra vez la mano.

—Enseguida —dijo el chico y nos hizo señas para seguirle.

Christian me ayudó a sentarme y luego arrastró la otra silla para ponerla a mi lado.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó Carlos incómodo.

—Sí, gracias —contestó él sin siquiera mirarlo.

—Supongo que le resulta raro verle sin su esposa —dije y él frunció el ceño.

—¿Sabes que estoy casado?

—Eh, sí —contesté y tomé un trozo de pan para disimular mi nerviosismo—. ¿Es un secreto?

—Por supuesto que no —rio amargamente—. Pero no me gusta que la menciones.

—Lo siento. —Metí un trozo de pan en la boca y él me miró fijamente.

Miré mis manos con el ceño fruncido y me di cuenta de que había hecho lo que siempre hacía cuando me sentaba a cenar con él. Había partido el pan en trozos pequeños y los había ordenado en una línea recta.

Su mirada estaba fija en los trozos de pan y no daba crédito a lo que veía.

Tomé rápidamente los trozos de pan y los dejé en la cesta. Alzó la mirada y me agarró la pierna por debajo de la mesa.

—¿Por qué hiciste eso? —gruñó.

—¿Hacer qué? —Me hice la tonta, pero cuando apretó los dedos en mi pierna, empecé a reír con nerviosismo—. ¡Ah la tontería del pan! —dije y él soltó mi pierna—. Una amiga mía lo hacía siempre... —Entrecerró los ojos—. Dijo que ayuda a soltar la tensión —expliqué y él dejó de mirarme.

—¿Cómo se llama tu amiga? —preguntó de repente.

—La verdad es que no recuerdo su nombre. Dejé de hablar con ella hace años —mentí.

—Aquí tienen —dijo Carlos dejando encima de la mesa dos platos con

espaguetis a la carbonara.

Cuando vi la salsa, sentí unas ganas enormes de llorar. Me puse de pie enseguida y agarré mi bolso.

—Voy un momento al baño —avisé y salí corriendo, serpenteando entre las mesas.

Capítulo 8

CARICIAS EXCITANTES



Salí del baño bastante tocada, había llorado y recordado cada momento feliz que había pasado a su lado. Había llegado a una conclusión, no podía seguir con eso y tenerlo de nuevo a mi lado me estaba afectado bastante.

Llegué delante de la mesa y él levantó la mirada.

—¿Está bien? —preguntó preocupado—. ¿Quiere que le lleve al hospital?

—¿Hospital? —Me senté y metí las manos debajo de la mesa, dejándolas encima de mis rodillas.

—Bueno, Janice me contó lo de su enfermedad —explicó—. Lo entiendo...

—Yo no lo entiendo. —Miré el plato con espaguetis y tragué saliva, tenía hambre.

—Ella me dijo que se está recuperando de una anorexia, ¿es así? —Me miró con cierta preocupación.

—Ah... —Apreté la mandíbula molesta.

Esa mujer lo había mentado para que me invite a comer, ¿qué pretendía ganar con eso?

—Bueno... —dije al ver que él seguía mirándome con preocupación—. Ahora estoy mucho mejor. Llevo más de un año alimentándome bien. —Seguí con la mentira.

—Es una enfermedad peligrosa... —Dejó el tenedor en el plato y se tomó el vaso de agua de un trago—. Se enfrió la pasta —comentó y reaccioné.

Cada gesto suyo me tenía hechizada.

—He leído un poco su currículum. —Levanté la mirada y metí el tenedor en la boca—. Lleva muchos años trabajando como secretaria y no entiendo porque sigue haciéndolo. Puede encontrar otro puesto mejor.

—Supongo que no me gusta cambiar. —Me pasé la lengua por los labios y su mirada se estrechó.

—Su trabajo en mi empresa implica viajar. ¿Hay algún problema?

—No... —Me tensé al instante.

Sentí un impulso de levantarme y dimitir, pero no podía hacerlo. Mi corazón me lo impedía, anhelaba por escuchar sus palabras y deseaba unir los pedazos sueltos, lastimados. Tenerlo de nuevo en mi vida era una inesperada oportunidad de recuperar el tiempo perdido y de sanar las cicatrices del pasado. Dudaba de si seguir con mi venganza porque podría hacer un daño irreparable. Pero si conseguía un vídeo con él, su mujer lo dejaba sin nada y solo.

Yo podría consolarlo y...

—¿Va a contestar a mi pregunta?

—¿Qué fue lo que dijo? —Cerró los ojos y disfruté del sabor, la salsa me excitaba por dentro.

—Eh...

Abrí los ojos y él me estaba mirando fijamente con un deseo peligroso en sus ojos negros.

Esa era buena señal, pronto caerá en mi trampa.

—¿Qué fue lo que preguntó? —insistí y pasé un dedo por el borde del plato. Se llenó de salada y lo metí en la boca, chupando suavemente. —Esta salsa es divina... —susurré y vi como la manzana de Adán subía y bajaba con rapidez, estaba poniéndolo nervioso y me sentía poderosa.

—Tenemos que volver. —Levantó una mano en el aire—. Hay mucho trabajo por hacer—. Evitó mirarme y cuando Carlos llegó a la mesa, estiró la mano con una tarjeta.

—Enseguida vuelvo, señor Wells.

—Veo que le gusta la pasta. —Miró mi plato vacío—. No le pregunté si quiere algo de postre. —Me dedicó una media sonrisa y su mano derecha se posó en mi rodilla—. No quise ser borde, pero no acostumbro comer dulce a estas horas.

Ese detalle lo sabía, solo comía dulce por la mañana, pero solo un trozo de chocolate blanco, no le gustaba otra cosa.

Sus dedos empezaron a moverse y las caricias que recibía me dejaban sin aliento. Sus dedos eran fríos y mi piel caliente. Me estaba estudiando con la mirada y eso hizo que me estremeciera de los pies a la cabeza.

Contuve el aliento cuando se inclinó hacia un lado. Sus labios rozaron mi oreja y gemí bajito. Su mano subió lentamente y llegó al borde de mi falda. Justo cuando pensé que seguiría con las caricias hasta llegar al punto culminante, escuché una tos y me retiré al instante.

—Perdón. —Se excusó Carlos y dejó la tarjeta encima de la mesa.

—No vuelva a tocarme de ese modo. —Me puse de pie y estiré la falda.

—¿Por qué? —Me agarró por la cintura—. ¿Tiene miedo de algo?

—No, solo que usted está casado y...

—No quiero que vuelvas a recordármelo. —Apretó su mano dejándome sin aire.

—Es la realidad y usted es mi jefe. —Me alejé y agarré con fuerza mi bolso.

—Tiene algo que me resulta familiar —dijo suavemente—. Y pienso averiguar lo que es.

Abrí las puertas y cuando sentí el aire golpeando mis mejillas, respiré profundamente. Estar a su lado era más difícil de lo que pensaba.

Capítulo 9

JUGAR CON FUEGO



—Pasa. —Sus labios se curvaron y me dejó pasar.

—Gracias. —Entré y me aferré a la barandilla, esforzándome a recuperar la calma.

Recordar el pasado me hizo sentirme como una presa enjaulada, ahogada en mil pensamientos y a punto de morir. Apreté la barandilla con fuerza, sintiendo la necesidad de gritar. Sus ojos viajaron hasta ahí y se acercó despacio. Tocó mis manos con sus dedos intentando aliviar mi agonía y agachó la cabeza.

—Lo deseas tanto como yo... —susurró mirando mis manos.

—¿Eh? —Levanté la mirada—. ¿A que se refiere? —Intenté quitar las manos, pero me las atrapó.

—Hay algo entre nosotros que no tiene explicación y lo único que deseo ahora mismo es saborear tus labios. —Apretó mis manos y las puertas del ascensor se abrieron—. De momento se salvó. —Me guiñó un ojo y salió del ascensor, dejándome temblando.

Salí del ascensor justo antes de que las puertas se cerrasen y cuando llegué delante del mostrador, Janice levantó la mirada y sonrió con

satisfacción.

—¿Disfrutaste de la comida, querida? —preguntó y se levantó—. Yo diría que sí.

—Tú y yo tenemos que hablar. —La señale con el dedo.

—¿Pasa algo? —Se agachó para dejar unas carpetas dentro de un cajón.

—Le mentiste. —Dejé mi bolso de golpe en el mostrador y ella se sorprendió.

—¿Yo? —Se señaló con el dedo—. Yo no miento y más si se trata de Christian. Lo quiero como si fuera mi hijo.

—Le dijiste que soy anoréxica, por Dios —levanté el tono de voz.

—¿Y no es así? —Señaló mi cuerpo—. Eres muy delgada.

—No intentes disimular, no soy tonta. ¿Por qué lo hiciste?

—Todo a su tiempo. —Se sentó y empezó a hojear algunas carpetas.

—No entiendo...

El teléfono empezó a sonar y ella levantó una mano en el aire para callarme.

—Sí, señor Wells —dijo ella mirándome a los ojos—. Ahora mismo se lo digo.

Colgó el teléfono y señaló la puerta.

—Quiere verte —dijo sonriendo mostrando sus perfectos dientes.

—¿Dijo para qué? —La miré y ella negó con la cabeza.

—Seguro que os ha quedado algo pendiente...

Llegué delante de la puerta y sacudí mis hombros. Tenía que ser firme y centrarme en mi trabajo, no podía dejarme engañar otra vez por sus encantos.

Abrí la puerta y lo encontré sentado mirando algo fijamente.

—Siéntate. —Señaló una silla.

Me senté intentando no mirarlo y cuando se levantó de golpe, mis pulmones se quedaron sin aire. Llegó detrás de mí y colocó sus manos en mis hombros.

—Quiero que deje de trabajar para mí —dijo, cortante.

Luego se quedó callado y deseaba que volviera a hablar para escuchar la razón de su decisión, pero no lo hizo. Permaneció en silencio, tenso, completamente ajeno a mi confusión.

Intenté ponerme de pie, pero apretó sus manos impidiendo a que me levantara. Luego empezó a tocarme con absoluta suavidad. Como si fuera algo frágil y quebradizo.

—Está despedida. —Su tono de voz helado me dejó sin habla.

Pensé rápidamente en una vía de escape, intentando minimizar el impacto que me provocaba la proximidad de su cuerpo. Me aclaré la garganta.

—¿Por qué? —Intenté otra vez ponerme de pie—. ¿Qué hice mal?

Él se inclinó hacia delante para rozarme el oído con su aliento al hablar.

—No puedo concentrarme sabiendo que estás al otro lado de la puerta. Tu perfume inundó la oficina entera y tu voz me hace cosquillas en el pecho. Te deseo tanto... y por eso es mejor si te vas ahora mismo —dijo en tono informal.

No me rendía con facilidad y no quería empezar a hacerlo en ese momento.

—Necesito este trabajo —dije con voz ahogada.

—Lo siento, pero es mejor así. —Dejó de tocarme y se alejó.

—No lo entiendo. —Me puse de pie—. Solo llevo unas horas trabajando. Merezco una oportunidad...

—No lo entiendes. —Metió las manos en los bolsillos de los pantalones—. No se trata de cómo haces tu trabajo.

—Esto es absurdo... —dije y sus ojos se estrecharon—. No pienso irme de aquí por una tontería.

—¿Una tontería? —Caminó a grandes zancadas y tomó mi rostro en sus manos.

Presionó sus labios en los míos en un beso inesperado y hambriento. Todos mis músculos se tensaron y luché para liberarme de su agarre. Metió la lengua en mi boca y dejé de luchar. Su beso fue como una ráfaga de aire, como un alivio para mi corazón dolido y dañado. Sus labios no dejaron de moverse y sus dientes mordían con suavidad mi lengua. Había olvidado lo pasional que podía ser besando.

Le devolví el beso con la misma hambre y deslicé mis manos alrededor de su cuello. Me tomó en brazos y me sentó encima de su escritorio sin dejar de besarme. Sus manos acariciaban mi espalda sin parar y su boca poseía la mía frenéticamente.

Rompió el beso jadeando y se alejó.

—¿Sigues diciendo que es una tontería? —Se tocó los labios y cerró los ojos.

El beso lo había afectado tanto como a mí.

—No sé qué decir. —Me bajé del escritorio.

—No hay nada más que decir. Hemos terminado aquí. Puedes irte. —Señaló la puerta—. Recoge tus cosas...

—¡No es justo, no puedes tratarme así! —grité y él giró la cabeza, sorprendido—. No me voy de aquí. —Me acerqué y le clavé un dedo en su pecho—. No puedes despedirme.

—Claro que puedo. —Agarró mi mano—. Soy tu jefe.

—Puedo denunciarte por acoso sexual —dije y él empezó a reír.

—Vaya, eso no me lo esperaba. —Tiró de mi mano—. ¿Me estás chantajeando, hermosa?

—Este puesto es mío y seguiré trabajando aquí. —Levanté la barbilla desafiante.

—¿Quieres jugar peligroso? —Presionó su cuerpo contra el mío—. Estoy dispuesto a jugar tu juego... pero, no olvides una cosa. Siempre gano. —Agachó la cabeza y besó mis labios posesivamente.

—No vuelvas a tocarme. —Lo empujé y él sonrió.

—No lo haré... de momento. —Estiró su camisa—. Mañana tenemos que viajar a Brasil. Quiero que tengas la maleta preparada. Vendré a recogerte a las ocho de la mañana. —Se sentó en la silla—. No olvides tu bañador. —Me guiñó un ojo—. Ahora, tráeme un café.

—Imbécil —dije bajito y él empezó a reír.

—Me gusta este juego —dijo con una sonrisa traviesa en sus labios.

Abrí la puerta y la cerré de golpe haciendo que Janice levante la mirada sorprendida.

—¿Pasa algo, querida?

—Nada, solo que tengo un jefe idiota —dije y me fui a la cafetería bastante molesta.

Cuando llegué delante del ascensor apoyé las manos en la pared y

aspiré profundamente.

Ese beso me dejó vulnerable y necesitada. Las piernas me temblaban, de hecho, todo mi cuerpo temblaba por la culpa de sus toques.

Estaba caliente y mortificada. Eso pasaba cuando jugabas con el fuego sin haber leído con atención las instrucciones.

Capítulo 10

TEQUILA Y LIMONES



Abrí la puerta de mi casa y encendí la luz. Era muy tarde, me había quedado en la oficina intentando dejar todo al día antes del viaje.

Janice se fue antes y tuve que terminar yo todo sola.

A Christian lo vi solo un rato, cuando le llevé el café. Ni siquiera me miró, estaba hablando por teléfono con la vista clavada en su ordenador.

—¡Abre la puerta! —gritó Tania justo cuando dejaba el bolso encima de la mesa.

Abrí la puerta y me encontré con ella, John y Alan. Me sorprendí al verlos juntos sonriéndome abiertamente. Tania no me había dicho nada y no sabía por qué ellos estaban delante de mi puerta.

—Queremos celebrar tu primer día de trabajo —comentó ella empujándome suavemente para entrar—. ¡Tengo tres botellas de tequila! —gritó eufórica.

Cerré la puerta detrás de ellos y los miré con incredulidad.

—Hola, Clara —dijo John y besó mi mejilla—. Espero que no te molestes. Tania me dijo que te había avisado, pero veo que no es así. —La miró mal y ella le sonrió culpable—. Sabes que no me gusta cuando me

engañan y sabes que esto trae consecuencias.

—Eso es justo lo que quiero. —Lo miró con los ojos entrecerrados.

Alan se había quedado estático delante de la puerta mirando un punto fijo. Se sentía incómodo, la última vez se fue bastante decepcionado.

—Hola Alan —dije y él levantó la mirada—. Creo que tengo que pedirte disculpas.

—No, no tienes que hacerlo. —Se acercó y besó mi mejilla—. Si quieres que seamos amigos... —sonrió—. Podemos serlo.

—Gracias —dije y él paseó su mirada por mi cuerpo, examinando cada detalle.

—Nunca te vi vestida tan formal —dijo pensativo—. Me gusta...

—¿Tienes limones? —gritó Tania desde la cocina.

—Sí, en la nevera. —Agarré a Alan por el brazo—. Vamos a pasarlo bien antes de irme de viaje.

—¿Vas a ir de viaje? —preguntó él sorprendido.

—¿Quién se va de viaje? —Escuché la voz de Tania—. Yo también quiero ir. —Puso una cara triste.

—No voy a irme de vacaciones —comenté—. Es un viaje de trabajo.

—Aja... —Me miró Tania con los ojos entrecerrados—. ¿Vas a ir con tu jefe?

Alan giró la cabeza para mirarme y apreté los puños para no estallar. A veces me entraban unas ganas enormes de estrangular a mi amiga, siempre metía la pata.

—Por supuesto —contesté con la mandíbula apretada—. Son solo unos días.

—¿A dónde vais? —preguntó John y Alan torció los labios.

—A Brasil. —Me senté en la silla que había a mi lado y miré el vaso lleno de tequila—. No quiero aburrirlos con estos detalles. —Agarré el vaso y lo levanté en el aire—. Hoy toca olvidar el trabajo. —Bebí el vaso entero y chupé con fuerza un limón.

Ellos hicieron lo mismo y luego se sentaron a mi lado.

—¿Qué es ese ruido tan molesto? —preguntó Tania quejándose.

Abrí los ojos asustada, Christian tenía que venir a recogerme y yo no había hecho la maleta.

—Haz que pare... —gruñó ella y abrazó a John.

Se habían quedado a dormir en mi casa, pero no recordaba muy bien lo que había pasado.

Estaba tumbada en el sofá y no había rastro de Alan. Una buena señal de no haber cometido una locura...

—Abre la maldita puerta, Evelyn —gritó Christian y ellos me miraron sorprendidos.

—Hay alguien tocando a tu puerta y parece muy enfadado... —murmuró Tania y echó la cabeza hacia atrás—. ¿Quién es Evelyn?

Miré el reloj y salté del sofá enseguida.

—¡Joder! —grité y cuando llegué delante de la puerta, pasé las manos por el cabello intentando peinarlo—. Es mi jefe...

—Abre la puerta —exigió Christian y dejé mi pelo tranquilo.

Cuando abrí la puerta, suspiré al verlo vestido con unos vaqueros azules y una camiseta blanca. Me gustaba cuando se vestía así, fue mi idea combinar camisetas blancas con vaqueros porque hacía resaltar el color de sus ojos azules.

—Nos tenemos que ir —dijo él molesto—. ¿Dónde está tu maleta y por qué no estás vestida?

—Eh, yo...

—¿Has visto mis pantalones? —preguntó Alan y cuando giré la cabeza, tragué saliva al verlo con mi toalla rosa atada a su cintura.

—Lo siento... —Se excusó Christian y Alan lo fulminó con la mirada.

—Tus pantalones están debajo del sofá —gritó Tania—. Los escondiste anoche...—Se puso de pie—. El gato no paraba de tirar de ellos —explicó y cuando llegó delante de la puerta, apartó a Alan para mirar a Christian—. Vaya... —suspiró ella y estiró una mano—. Soy Tania, la mejor amiga de... —Se relamió los labios.

—De Evelyn —intervine yo rápidamente.

—Encantado —contestó Christian y tomó su mano—. Soy Christian, el jefe enfadado y molesto de Evelyn.

—Lo siento. —Me disculpé y sentí unas manos abrazando mi cintura.

—Tu maleta está encima de la cama —susurró Alan en mi oído y me estremecí—. Al lado hay ropa preparada. —Besó mi mejilla.

—Gracias. —Me aparté un poco y abrí la puerta para que pase Christian.

Tania enseguida lo agarró por el brazo y lo llevó hasta la cocina.

—¿Este es tu jefe? —preguntó Alan rápidamente—. No me gusta

cómo te mira...

—Alan, eso no importa. —Miré la toalla—. Tan solo es un trabajo para mí.

—Ah, es uno de esos —sonrió y agarró la toalla—. Este es muy joven, Clara, esto parece distinto. ¿Podrás con él?

—Por supuesto, todos caen. —Miré de reojo a Christian—. Él no es una excepción.

—Voy a cambiarme —avisó Alan.

—Gracias por hacerme la maleta. Te debo una. —Sonreí tímidamente.

—Me debes un beso, Clara. —Miró mis labios—. Y pienso cobrarlo cuando vuelves.

—Nos tenemos que ir —dijo molesto Christian—. No quiero perder el vuelo por la culpa de una borrachera.

Me giré enseguida para protestar, pero su mirada dura, me hizo cambiar de opinión. No quería montar una escena delante de mis amigos, sabía que con Christian no se podía discutir cuando estaba enfadado.

—Iré a cambiarme. —Señalé mi pijama y él me miró con ojos burlones.

—Por mí puedes ir así. —Agachó la cabeza—. Espero que todos tus pijamas sean igual de sexy —susurró con los labios pegados a mi oído—. No sabes cuánto me ponen. —Me dio una palmada en el culo y abrió la puerta—. Te espero abajo, no tardes, por favor. —Cerró la puerta y cuando di la vuelta me encontré con la mirada intrigante de mi amiga.

—Vas a caer, amiga —silbó—. Suerte... —sonrió y agarró mi barbilla—. Por lo menos intenta disfrutar, algo me dice que es muy bueno en la cama. —Entrecerró los ojos—. ¿Es así?

—Sí —dije, apretando los labios con desagrado.

Capítulo 11

UN BESO CORRESPONDIDO



—Deja que te ayude. —Christian agarró la maleta y la guardó en el maletero de su coche.

Luego me abrió la puerta del copiloto, mirando mi rostro con tanta insistencia que me vi obligada entrar con la cabeza agachada.

—¿Qué pasará con el coche? —Miré su mano estirada mientras giraba la llave en el contacto—. ¿Por qué no llamaste un taxi?

—Vendrá mi chofer a recogerlo del aeropuerto. —Me miró a los ojos—. ¿Qué fue lo que bebiste anoche?

—¿Por qué quieres saberlo? —Me pasé las manos por el pelo con nerviosismo.

—Por si alguna vez necesito emborracharte —contestó en tono burlón.

—Mira, mi vida privada...

—Estaba bromeando, Evelyn —aclaró y resopló con frustración.

Apoyé la cabeza en el cristal y cerré los ojos.

—Así que tienes novio —murmuró.

Abrí los ojos e intenté controlar mi genio.

—Alan es... bueno, sí... es mi novio. —Giré la cabeza para mirarlo y vi cierta decepción en sus ojos—. ¿Y tu mujer? —Enarqué una ceja y él apretó la mandíbula con fuerza—. ¿Por qué no te acompaña?

—Deja de mencionarla. —Giró la cabeza para mirarme—. Y además no es asunto tuyo.

—Mi vida tampoco es asunto tuyo. —Aparté enseguida la mirada, me sentía vulnerable.

Dejó de hablar y agradecí en silencio, tan solo quería llegar a ese hotel y grabar el video para terminar con esa farsa, con esas mentiras.

Cuando paró el coche delante del aeropuerto vi a Tom, mi última víctima, cargando una maleta. Enseguida me tensé y empecé a sentir pánico, él podría delatarme.

Christian abrió la puerta y justo en ese momento, Tom giró la cabeza.

Me puse de pie y le planté un beso a Cristian en los labios, dejándole impactado. Cuando movió sus labios, gemí y me aferré a su cuello. La calidez y la suavidad del beso, tocaron mi parte vulnerable, el corazón. El mismo que él había roto cuando me abandonó.

Él gimió antes de besarme con más fuerza, apresando mi boca, robando mi aliento con su destreza. Me escuché gemir y sentí que se me aflojaban las rodillas.

Entonces él rompió el beso, se inclinó un poco y cerró la puerta del copiloto.

—Nada más me gustaría seguir —susurró cerca de mi oído—. ¿Ansiosa? —se burló.

Miré a sus espaldas y vi que Tom se había ido, así que lo empujé y le planté cara.

—No vuelvas a besarme. —Lo señalé con el dedo.

—¿En serio? —rio—. Fuiste tú quien me besó y podría decirte lo mismo. Pero no lo haré. —Agachó la cabeza hasta que su frente tocó la mía—. Porque me gustó. —Miró mis labios—. No sé porque, pero tu forma de besar me es familiar. Me recuerdas a ... —Se alejó enseguida—. Vamos —dijo bruscamente y me agarró por el brazo.

—¿Quieres despertarte? —preguntó Christian y abrí los ojos asustada.

—¿Qué pasa? —parpadeé sin parar.

—Tenemos que bajar —Señaló la cola de gente que había al lado de los asientos—. Dormiste todo el vuelo y... Roncas.

—Yo no ronco. —Me puse de pie.

—Oh sí, y duermes con la boca abierta. —Lo miré y vi que tenía el ceño fruncido.

—¿Qué? —pregunté al ver que dejó de hablar para mirarme.

—¿Pueden dos personas parecerse tanto? —murmuró para sí mismo.

Agaché la cabeza, empezaba a sospechar y eso no era bueno. Necesitaba distraerlo, pero no se me ocurría nada, no sabía cómo hacer para que deje de mirarme o tocarme. No quería hacerlo porque deseaba que me toque, que me bese...

—¿Qué esperas? —preguntó él y me agarró por el brazo para que lo siguiera—. ¿Qué te pasa? —Se giró para mirarme y alguien me empujó para que siga caminando—. ¿Aún tienes resaca?

—Camina. —Lo empujé y tropecé con una maleta que había en el suelo.

Para no caer al suelo, me aferré a su cintura y él se dio la vuelta sorprendido.

—Vaya. —Sonrió abiertamente—. Sigues ansiosa...

—Estuve a punto de caer —dije, pero no solté su cintura—. Había una maleta en el suelo y...

—Deja de buscar excusas. —Agarró mi mano derecha—. No puedes mantener tus manos quietas y es justo lo que yo también siento. —Besó mi mano mirándome a los ojos.

Alguien nos empujó y él soltó mi mano con desgana.

—Lo bueno es que hoy no tenemos que trabajar. —Llegó a la puerta del avión—. Tendremos tiempo suficiente para saciar nuestras manos y nuestros deseos.

—No sé de qué estás hablando. —Levanté los hombros y me alejé un poco—. Este es un viaje de trabajo.

—¿Eso crees? —Empezó a reír y bajó las escaleras rápidamente.

Cuando llegó abajo, estiró una mano para ayudarme. La tomé y él aprovechó para tirar suavemente hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo.

—¿De verdad piensas que necesito cinco días para hacer negocios? —Tiró de mí para dejar que pase la gente—. Recuerda que empezaste un juego peligroso, uno que pienso ganarlo a toda costa. —Besó mi cuello—. Si quieres seguir trabajando para mí, tendrás que afrontar las consecuencias, Evelyn. No me gusta cuando intentan tomarme el pelo y más... —Tocó la punta de mi nariz con su dedo índice—. Cuando me chantajea.

—Yo no lo hice.

—Oh, lo hiciste. —Estrechó los ojos—. Y tengo la cura perfecta. —
Tomó mi mano y empezó a caminar—. Ah, por cierto. Tendremos que
compartir habitación, espero que a tu novio no le importe.

—Y yo espero que a tu mujer tampoco —contesté y sentí un fuerte
apretón de su mano.

Me había metido en la boca del lobo y estaba sintiendo sus mordiscos al
ritmo de mi corazón.

Capítulo 12

BRASIL



Brasil era un país que siempre llamó mi atención. Nunca tuve la oportunidad de viajar y visitar lugares turísticos.

Sabía que era un país muy poblado y muy grande. Para mí era un gigante de Sudamérica que evocaba fiestas, playas y fútbol. Su selva amazónica lo hacía ser un país único en el mundo. Uno sin complejos, con gente muy bella en el interior y exteriormente.

Un taxi nos llevó al hotel y después de pedir la llave, fuimos a comer a un restaurante pequeño, pero bastante moderno.

Pasaron unos largos minutos incómodos hasta que por fin levanté la mirada y me enfrenté a él.

—Deja de mirarme así. —Dejé el tenedor encima de la mesa, haciendo ruido—. Estoy intentando comer y me incómodas.

—Lo siento, solo que... —Estrechó la mirada—. Tus gestos me parecen muy familiares.

—¿No tenías que hacer una llamada? —dije rápidamente intentando cambiar de tema.

—Sí. —Se levantó—. Ahora vuelvo. —Se agachó y colocó las manos

encima de la mesa—. Puedes pedir el postre, creo que ya sabes lo que me gusta. —Bajó la cabeza y sus labios rozaron los míos—. Tiene buen sabor la salsa de estos espaguetis, pero hay otra mejor, ¿a que sí? —Me dio un beso corto y se fue dejándome con la duda.

En ese momento tuve la impresión de que sabía quién era y que simplemente jugaba conmigo.

—Disculpe —dijo alguien y levanté la mirada—. No quiero molestar.

—No, dígame —dije y quité la mano que estaba encima de la mesa, sus dedos rozaban a los míos.

—Mi amigo dice que su rostro le parece familiar —comentó y tragué saliva—. No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, no soy de por aquí —contesté con cuidado y empecé a moverme inquieta en mi asiento.

—Mi amigo se llama Hank, puede que le suene su nombre —entrecerró los ojos.

—No, lo siento. —Empecé a toser.

—Él sí que la recuerda. —Colocó las dos manos encima de la mesa y se agachó—. Vigila tu espalda —susurró cerca de mi oído.

—¿Pasa algo? —preguntó Christian mirándonos sorprendido.

—Ah, no. Solo estaba diciéndole a su mujer que a mi novia le gusta mucho su peinado —contestó el hombre y Christian entrecerró los ojos.

—Gracias. —Forcé una sonrisa.

—Lo siento, no quise interrumpir vuestra comida. Nos veremos por aquí —dijo el hombre mirándome con frialdad—. Hasta luego.

Él se fue y Christian se sentó mirando atentamente mis gestos.

—¿Qué fue lo que te dijo, Evelyn? Ne me creo sus palabras. Estás temblando, por Dios. —Estiró una mano y la dejó caer encima de la mía—. ¿Te molesto? Puedo buscarle y...

—No. —Apreté su mano—. No lo hagas, no fue nada importante. Me dijo que le gustan mis pechos —mentí y él enseguida bajó la vista.

—Le tengo que dar la razón —murmuró haciendo que me sienta incómoda—. Pero esas cosas no se dicen en público. —Levantó la mirada—. Si intenta otra vez hablar contigo, dímelo. —Su tono de voz serio me dio confianza y seguridad.

—Lo haré, gracias. —Retiré la mano y él sonrió.

—Al final... esta noche no hay cena de negocios —comentó—. Quieren estudiar mejor la propuesta. —Tomó el vaso de agua y dio un sorbo—. Nos reuniremos con ellos dentro de dos días.

—Así que puedo visitar Brasil hoy y mañana, ¿verdad?

—Iremos a visitar Brasil, Evelyn. —Me corrigió—. Estamos aquí juntos y haremos las cosas juntos.

—Como tú desees. —Sequé mis labios con una servilleta y tomé un sorbo de agua, el postre estaba demasiado dulce—. Eres el jefe.

—Oh, no. —Se levantó—. Estos días no soy tu jefe. —Estiró una mano.

—¿Y qué eres? Te recuerdo que tengo novio. —Tomé su mano y me levanté.

—Él no está aquí. —Rodeó mi cintura y mordió suavemente mi cuello—. Parece que encontré tu debilidad.

—¿Eh?

—Los besos en el cuello parecen gustarte... —Me besó otra vez y me

alejé, estábamos delante de personas—. Había una persona que se volvía loca cuando le besaba el cuello —comentó pensativo.

—¿Nos vamos? —pregunté enseguida mirando a todos lados, me sentía vigilada.

Tenía la impresión de que Christian ya sabía quién era yo y eso me hacía sentirme atrapada en una situación que no quería vivir. Era su prisionera y mi tiempo estaba limitado.

El hecho de tener a Hank vigilando mis pasos, me tenía inquieta. Ese hombre intentó matarme hace un año, cuando se enteró de que lo había grabado.

—Tomaré mi postre en la habitación —dijo Christian mirando su plato—. Veo que acertaste.

—Me dijiste que te gusta el chocolate blanco...

—Así es. —Tomó mi mano—. Me sorprende que lo recuerdas, te lo dije solo una vez. —La besó—. Hay algo que me intriga...

—Vamos, quiero cambiarme para salir —dije tirando de su brazo.

—Y yo pensaba que tienes prisa para otras cosas. —Sonrió.

Capítulo 13

OJOS AZULES



—¿Solo hay una cama? —pregunté asustada y sorprendida al mismo tiempo.

—¿Cuántas necesitas? —Cerró la puerta y se paró detrás de mí—. Es perfecta, un poco grande, pero no importa. —Colocó las manos en mi cintura y sentí un ligero escalofrío.

—Dormiré en el suelo —comenté rápidamente.

—Dormirás conmigo. —Su cuerpo rozó al mío y sentí su dureza presionando mi trasero.

Deseaba dejarme llevar por la situación, deseaba sentir de nuevo sus manos, sus caricias y sus besos intensos, pero tenía que cumplir un trabajo. Sabía desde el principio que no sería fácil, pero al menos lo había intentado.

El éxito de ese trabajo me proporcionaba la libertad que tanto ansiaba. Con ese dinero, todas las deudas de mis padres quedarían pagadas y por fin podría irme de esa ciudad, podría desaparecer para siempre.

—Iré a cambiarme de ropa —susurró cerca de mi oído—. ¿Quieres acompañarme?

—Prefiero quedarme aquí. —Me alejé un poco y él río.

—Todo a su tiempo —dijo y se agachó para abrir su maleta—. ¿Me pongo una camiseta blanca o una negra? —Me las enseñó—. ¿Cuál crees que combinaría con mis ojos?

—Me gusta cómo te queda esta camiseta blanca —dije mirándolo con descaro.

—¿Por qué? —Me miró de la misma forma.

—Porque combina con tus ojos... —contesté sonriendo.

—Desde ahora en adelante me compraré solo camisetas y camisas de color blanco.

—Supongo que la blanca—sonrió de lado—. Alguien me dijo que este color combina con mis ojos.

—Alguien sabio.

—Y muy hermosa. —Dejó la camisa negra dentro de la maleta.

—¿Tu mujer? —pregunté y me senté en el borde de la cama.

—Te dije que no quiero que la menciones. —Su voz sonó fría y me mordí los labios.

—Lo siento, pero, ¿puedo preguntar por qué? —Solté mi labio inferior y me pasé la lengua por encima—. No lo entiendo...

—¿Qué no entiendes? —Empezó a desabrocharse la camisa—¿Que quieres saber, Evelyn?

—Eres un hombre guapo, exitoso y deberías tener a la mujer perfecta.

—Miré con atención sus movimientos y suspiré—. Una que te ame y que te haga feliz. —Sentí un ligero sudor en mis palmas.

—Debería. —Abrió la camisa y tragué saliva—. Pero esa mujer... —Apretó la mandíbula—. Yo...

—¿Tú qué? —Vi que apretaba los puños y me puse de pie—. Habla, Christian...—Llegué delante de él y cuando levantó la mirada, el mundo se paró.

Sus ojos eran húmedos y su mirada triste. Quería abrazarlo, quería perdonarlo y decirle que todo estaría bien, pero no me atreví. No quería pasar otra vez por lo mismo, ahora estaba casado. Pertenece a otra mujer, ya no era mío.

—Fui un idiota, Evelyn —dijo bajito y me miró atentamente—. La perdí y no hice nada para recuperarla. —Estiró una mano para tocar mi mejilla—. Te pareces tanto a ella que me duele verte.

—¿Qué pasó? —pregunté y él negó con la cabeza.

—Es complicado —dijo y bajó la mano—. Ella sigue viva en mis pensamientos. Ese es el único lugar donde ella me sigue perteneciendo.

—Christian...

—Déjalo, Evelyn. —Se agachó y agarró la camiseta con sus manos.

Se la puso rápidamente y cuando levantó la mirada, dejé de pensar. Caminé despacio hasta llegar a su lado. Lo miré a los ojos y tomé su rostro en mis manos. Mis labios rozaron gentilmente los suyos una y otra vez, y cuando escuché un sonido de placer en su garganta, una oleada de calor recorrió mis venas.

Deslizó sus dedos dentro de mi cabello y me acercó, profundizando el beso.

Era tan dulce, suave y receptivo, justo como lo recordaba. Cerré los ojos y deslicé las manos por su cuello hasta que alcancé los hombros, donde me aferré para apretarme contra él. Necesitaba sentirlo más cerca y tenerlo de nuevo en mis brazos.

Él respondió con un gemido, enredando su lengua con la mía. Me rodeó con sus brazos, acercándome todavía más, respondiendo a mi beso con un hambre feroz.

Recordé lo mucho que lo amé y lo mucho que me dolió cuando me abandonó. Me tensé al instante y él lo notó porque dejó de besarme.

—Lo siento... me dejé llevar. —Sonrió tristemente—. Hay algo que me hipnotiza. —Acarició mis labios—. Siento que he vuelto a la vida y no sé qué hacer o cómo actuar. No quiero asustarte. —Me dio un beso corto en los labios—. No quiero perderte.

—Mejor nos cambiamos y salimos —dije y él asintió ligeramente con la cabeza.

—Tienes razón. Nos vendría muy bien tomar un poco de aire. Te espero abajo —dijo antes de abrir la puerta—. No tardes mucho. —Me guiñó un ojo.

—Tardaré lo justo —sonreí.

Capítulo 14

SOLO UNA NOCHE



—Me duelen los pies, Christian —me quejé después de un buen rato—. No puedo caminar más.

—Está bien. —Tomó mi mano—. Pero no fui yo quien tuvo la idea de ir andando en vez de coger un taxi.

—Quería recorrer las calles y visitar cada rincón. —Miré atentamente como sus dedos acariciaban la piel de mi mano—. Quiero volver al hotel.

—Yo también. —Llevó mi mano a su boca y la besó—. Tengo ganas de ti.

—Christian, no insistas más. —Tiré de mi mano—. Tengo un novio y tú...—Levanté la mirada y me topé con sus ojos ardientes—. Tú tienes una mujer.

—Una que no me ama, una que me quiere destrozarse la vida...—dijo con dolor—. No la amo y nunca la amé.

—Estás casado.

—Pero no por mucho tiempo —dijo y tragué duro.

Tenía razón, no por mucho tiempo. Su mujer lo tenía todo planeado, y yo era la pieza importante en su maléfico plan.

—No creo que sea una buena idea. —Empecé a caminar y él me siguió.

—Pienso lo mismo, Evelyn. —Me agarró por la cintura y tiró suavemente de mi cuerpo—. No sé qué me pasa contigo. No puedo resistirme, simplemente no puedo y no quiero. —Cerré los ojos y dejé caer la cabeza en su pecho—. Llevo mucho tiempo sintiéndome triste y apagado. Mi corazón está lleno de cicatrices y siento que llegué al límite. Te necesito, no sé cómo explicarlo, pero te necesito.

—Christian, no quiero reemplazar una fantasma, lo siento. —Me alejé—. No quiero sufrir, yo...

—Solo una noche. —Me giró para mirarme—. Necesito sentir amor, necesito sentir que alguien me ama. —Tomó mi rostro en sus manos—. Por favor.

Sus ojos tristes me hicieron llorar. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas y él las secó enseguida. Odiaba el hecho de sentirme tan débil a su lado y de no poder controlar mis emociones.

Había llorado por él durante mucho tiempo y le había deseado el mismo sufrimiento, que su vida fuera un infierno, como era la mía, pero en ese momento me di cuenta de que estaba equivocada, él también lo había pasado mal.

Necesitaba saber más, necesitaba saber porque lo hizo y porque me abandonó en la iglesia delante de todos.

—Está bien... solo una noche —susurré y él sonrió triste.

—Gracias...

Cuando abrió la puerta de la habitación, sentí un pequeño escalofrío. Esa era la única oportunidad que tenía para hacer el vídeo.

No quería hacerlo, no quería engañarlo de esa manera. No se lo merecía, su mujer era quien tenía que pagar, no él.

—Voy al baño. —Me quité los tacones, evitando mirarle a los ojos.

—No tardes, la noche es corta. —Se quitó la camiseta y lo miré de reojo.

Suspiré y agarré con fuerza mi bolso.

Entré en el baño y busqué la cámara. Comprobé que estaba cargada y la coloqué en el agujero secreto del bolso.

Miré mi reflejo en el espejo y no reconocí a la chica que me estaba mirando a los ojos. Esa chica era la misma que hace años estaba feliz con su novio, esa chica me miraba ilusionada otra vez y feliz de tener esa oportunidad.

Tomé el bolso y abrí la puerta.

Christian estaba sentado en la cama mirando su móvil. Tenía el ceño fruncido y cuando levantó la mirada, algo me hizo retroceder. Era como si podía verme, como si sabía lo que estaba a punto de suceder.

—¿Pasa algo? —preguntó y dejó el móvil en la mesa—. Si no quieres...

—Sí, quiero. —Busqué con la mirada un buen lugar para colocar mi bolso.

—Entonces, ven aquí. —Palmeó el colchón.

Asentí con la cabeza y dejé el bolso en el mueble que había delante de la cama. Encendí la cámara y respiré hondo, no había marcha atrás.

Capítulo 15

UN TATUAJE



—Voy a bajar las persianas un poco —dije, evitando su mirada.

No quería que viera mi cuerpo a la luz del día, podría darse cuenta de que lo estaba engañando. Me había tapado el tatuaje con un parche para que nada pueda delatarme, ese pequeño detalle era el único que podía hablar de nuestro pasado.

—Quiero regalarte un tatuaje —dijo Christian y se paró delante de una tienda muy llamativa.

—No lo sé... —miré con atención las fotos que adornaban el escaparate—. Escuché que duelen mucho.

—No tanto —sonrió—. Es un dolor que se puede aguantar muy bien.

—Está bien. Pero tendrás que ayudarme a escoger el modelo.

—Por supuesto. —Besó mis labios—. Me gustaría verlo en el hombro.

—¿Por qué quieres bajar las persianas? —Me atrapó en sus brazos—. Quiero verte —susurró cerca de mi oído—. No tienes por qué esconderte, tu cuerpo es exquisito. —Besó mi cuello y apoyó la cabeza en mi hombro—. Tan solo...ámame...

Esas palabras desgarraron mi corazón, tocaron una fibra en mi interior. Las lágrimas amenazaban por salir y de reojo miré la cámara. Estaba grabando y no había marcha atrás...

Contuve el aliento y di la vuelta.

—Evelyn...

Su voz se desvaneció cuando comencé a besar su cuello y noté que sus músculos se tensaban cada vez que lo tocaba con la boca.

No entendía porque reaccionaba así.

Alcé la vista y lo vi observándome con una mirada de sufrimiento en la cara. Noté que se le llenaban los ojos de lágrimas y tuvo que parpadear para hacerlas desaparecer.

Sé obligó a tragar un nudo que tenía en la garganta y cerró los ojos.

—Llevo años sin sentir esto... sin sentir un beso...

Apreté los puños intentando controlarme, su sufrimiento me hacía mucho daño.

Me puse de puntillas y, apoyando las manos en su torso, rocé mis labios contra las de él. Aquel beso me dejó la mente en blanco y dejé que me atrapé en sus brazos.

—¿Qué estamos haciendo? —Rompió el beso y me miró fijamente a los ojos, brillantes de deseo.

—El amor... —contesté y él sonrió tímidamente.

Me estrechó entre sus brazos y buscó de nuevo mi boca mientras me guiaba en un torpe baile, hacia la cama. Sin dejar de besarme, me empujó hacia abajo, hasta que mi culo tocó el borde de la cama.

Me tumbó sobre el colchón y se estiró a mi lado.

Sus besos tiernos y suaves dieron paso a otros más apasionados. El ambiente estaba en llamas y Christian estaba al mando.

Entonces me miró con los ojos muy abiertos y respiró hondo.

—Por primera vez me siento vivo...

Ahogó sus palabras en un beso sobre mis labios y luego pasó lentamente su camiseta por la cabeza y la dejó caer al suelo.

Acaricié su pecho y él suspiró. Se le erizó la piel y tragué saliva al recordar esos escalofríos. De repente lo reviví todo con claridad. Nunca había sido capaz de borrarlo totalmente de mi mente.

—Tus dedos hacen magia con mi cuerpo, Clara.

—Mentira...

—Eres una bruja... mmm, una sexi brujita...

—Tus dedos hacen magia... —dijo en apenas un susurro.

Agaché la mirada y escuché como mi enloquecido corazón resonaba en mi pecho.

—¿Pasa algo, Evelyn?—Levantó mi barbilla.

—No, solo que estoy un poco nerviosa —mentí.

—Yo también —admitió—. Llevo tiempo sin hacer el amor...

—Shhh.

Lo besé, lento y suave. La ternura que sentía por él se mezcló con el amor, un amor enterrado hace años, pero había conseguido sobrevivir y salió a la luz renovado, con más fuerza.

—¡Oh, Evelyn! —Christian buscó mis pechos y frotó con los pulgares las erguidas cimas.

Luego deslizó su enorme mano por mi espalda y la introdujo debajo del pantalón para apretar mi trasero. Mordisqueó el lóbulo de mi oreja antes de capturarlo con la boca y su cálido aliento recorrió mi cuello, excitándome.

Deseaba besarlo y tocarlo, deseaba reemplazar su dolor por el placer y crear un momento único.

Sin previo aviso, me tumbe encima de él, buscando su boca. Nuestros labios se unieron y emitió un gemido de satisfacción. El beso era profundo, poderoso, creando un vínculo lleno de recuerdos tiernos.

Me levantó la cabeza de la almohada sin dejar de besarme y me rodeó con el brazo derecho para acercarme todavía más. Podía sentir el calor de su cuerpo, y aunque me estaba dejando llevar por la pasión, por fin me sentía bien por primera vez en muchos años.

Nos estábamos devorando uno al otro con un hambre feroz, pero no era suficiente. Christian deslizó los dedos por mi cabello sedoso y me obligó a separar los labios de los suyos para mirarle a los ojos.

—Voy a regalarte un orgasmo inolvidable —murmuró—. Solo tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar.

Cerré los ojos y dejé que el deseo se haga cargo de esa situación. Al mismo tiempo que Christian besaba mi cuello, me recorría la espalda con sus dedos, revelando poco a poco mi trasero. Me sentía vulnerable y no podía pensar en nada más que sentir.

Se me puso la piel de gallina cuando dirigió los dedos lentamente hacia la mojada y caliente hendidura que pedía a gritos sus toques. A partir de ese momento, todo empezó a ocurrir más deprisa. Situó un dedo sobre mi clítoris y comenzó a dibujar pequeños círculos mientras con la otra mano me separaba los muslos. Empecé a moverme ante el roce de su mano y gemí ante el deseo incontrolable que se abalanzó sobre mí.

Sus movimientos eran rápidos y a veces lentos.

Estaba húmeda, caliente y dispuesta. Pero me sentía querida y protegida.

—Deja que te lleve al cielo.

Sus palabras me hicieron gemir.

—Hazlo...

Sus dedos acariciaban apasionadamente el interior de mis muslos, haciendo que el placer se intensifique. Christian gimió y el sonido fue música para mis oídos. Se movió para situarse boca abajo entre mis piernas separadas, quedando sus pies colgando fuera de la cama y su cara a unos centímetros de mi sexo. Contuve la respiración y mis caderas se elevaron a la vez que el bajaba y me saboreaba. Grité al mismo tiempo que arqueaba la espalda.

Me perdí, conmocionada hasta la médula por la cálida sensación que su boca provocaba en mí. Introdujo un dedo dentro de mí y las sensaciones que recorrían mi cuerpo eran demasiado buenas para ser reales.

Me mordí los labios intentando controlarme, pero me resultó imposible. Cada movimiento de la boca de Christian me llevaba más cerca del

borde y el placer se apretaba más y más en mi vientre. Llegué al orgasmo y abrí los ojos.

Lo encontré contemplándome desde el espacio entre mis muslos y noté una opresión en el pecho, una oleada de ternura por él. Nuestros ojos se encontraron y en vez de tumbarse encima de mí, me sorprendió tomándome en brazos, tendiéndose boca arriba.

Llevó consigo mi cuerpo e indicándome que me estirara sobre su cuerpo.

—Quiero estar dentro de ti —dijo y se giró hacia la mesilla.

Agarró un condón y abrió el envoltorio con movimientos torpes. Se lo colocó y se volvió hacia mí, agarrándome por las caderas. Lo miré directamente a los ojos y dejé que entrara lentamente en mi cuerpo, centímetro a centímetro hasta llenarme por completo. Inclinandose, capturó la punta de uno de mis pechos con la boca. Lo chupó mientras sus dientes rozaban con suavidad la sensible carne.

Cuando comenzó a acompañar mi ritmo, los poderosos empujes de sus caderas me llevaron muy cerca del borde. Quise cerrar los ojos mientras me hacía el amor, pero quería recordar ese momento con todos los detalles.

—¡Christian! —grité con los ojos en lágrimas mientras el orgasmo me reclamaba una vez más.

Christian me siguió segundos después y lo vi gemir, cerrando los ojos con fuerza. Un lamento agudo desgarró su garganta.

Dejé caer mi cuerpo sobre el suyo y le besé el pecho.

Sus fuertes brazos me abrazaron y nuestros corazones empezaron a palpar en unísono.

—Gracias... me sentí amado. —Me dio un beso suave en la mejilla y cerré los ojos.

Capítulo 16

SABANAS FRIAS



Abrí los ojos y me estiré en la cama mientras sentía las sábanas frías. Giré la cabeza y me di cuenta de que estaba sola. Me senté y miré con atención la habitación. Mi ropa estaba doblada y colocada encima de la mesa. Mi maleta estaba cerrada y el resto de mis cosas, perfectamente ordenadas en el suelo. Miré la mesa asustada, pero solté una exhalación de alivio al ver que el bolso seguía en la misma posición que yo lo había dejado.

Salté de la cama y me acerqué a la mesa. Abrí el bolso y tomé la cámara. Aún le quedaba batería y seguía grabando. La apagué y me senté en el borde de la cama pensativa. No me atrevía ver el vídeo, me sentía mal por haberle hecho eso a Christian.

Me armé de valor y apreté el botón de inicio. La pantalla se encendió y busqué la opción de borrar el video.

En lugar de borrar, lo que hice fue dar al play y la voz de Christian me hizo mirar.

Sus ojos desprendían mucha tristeza y mis manos apretaban con fuerza la cámara para no romper a llorar. Observé atentamente cómo acariciaba y besaba mi cuerpo, miré como se dejó llevar por la pasión y miré como hicimos el amor en medio de la tristeza.

Cerré los ojos y las lágrimas resbalaron por mis mejillas. No podía hacerle eso, no podía engañarle de esa manera. Antes de borrar el video, necesitaba ver la reacción que había tenido Christian al despertarse a mi lado.

Cuando lo vi levantarse de la cama suspiré, su cuerpo desnudo era puro pecado. Miré como se agachó para darme un beso en la mejilla y sonreí. Tiró de las sábanas para cubrir mi cuerpo y cuando llegó a los hombros, se quedó estático mientras miraba algo fijamente.

De inmediato moví la cabeza y vi que el parche había desaparecido. Mi hombro estaba desnudo, el tatuaje estaba a la vista... La cámara se me cayó al suelo debido al temblor de mis manos y mi corazón se volvió loco, comenzando a emitir rápidos latidos con demasiada fuerza.

Christian sabía quién era yo. Había visto mi tatuaje y seguramente había atado los cabos sueltos de uno en uno.

— *¿Un paracaídas? —preguntó Christian sorprendido por mi elección.*

—*Sí, porque me recordará a ti...*

— *¿Y eso? —Me dio un beso en los labios.*

—*Porque estar contigo, es como tirarse en un paracaídas... Tengo la misma sensación.*

— *¿Y eso es bueno?*

—*Muy bueno —reí.*

Me había dado cuenta de que su maleta no estaba y de que sus cosas habían desaparecido. Él se había ido. Me vestí a toda prisa, estaba decidida ir a buscarlo y pedirle perdón, explicarle por qué lo hice y decirle que lo amaba.

Él no podía haberme abandonado de esa manera, no en un lugar extraño, no sin haberme pedido una explicación.

Bajé al vestíbulo y lo busqué con la mirada. Me acerqué a la recepción y pregunté por él, pero nadie lo había visto salir del hotel.

Salí al jardín y miré atentamente a las personas que paseaban tranquilamente.

—¿Sola? —preguntó alguien mientras me agarraba por la cintura—. No intentes gritar. —Presionó algo duro en mi costado derecho—. Camina y no dejes de sonreír —ordenó y me empujó.

—¿Qué quieres, Hank? —pregunté con frialdad—. No tengo la culpa...

—¡Tienes toda la culpa! —levantó el tono y una pareja nos miró atentamente—. Sonríe —presionó de nuevo el objeto y forcé una sonrisa.

—Tu mujer me contrató, Hank —dije respirando entrecortadamente—. Fue ella quien me pagó para...

—Eres una puta igual que ella —dijo entre dientes—. Me dejé engañar por ti y ahora... ahora no tengo nada. ¿Entiendes? —Apretó mi brazo con fuerza—. Nada.

—Lo siento... para mí fue solo un trabajo...

—Cállate y muévete. —Me empujó—. Fuera nos espera un coche —susurró en mi oído—. Ahora es mi turno de grabar un video. Veremos si a tu marido le gusta ver cómo te arrastras igual que las putas. —Mordió mi oreja y grité.

—Suéltame, Hank. —Tiré de mi brazo—. No tengo marido.

—Amante, entonces...—Rio y abrió una puerta.

Me agarró por la cintura y entro conmigo, sonriendo como un tonto. Sus pasos eran rápidos y me costaba mantener su ritmo. Tropecé con la alfombra y caí al suelo de rodillas.

—Levántate. —Tiró de mi brazo y empecé a forcejear.

—¡Ayuda! —grité—. ¡Que alguien me ayude!

Tapó mi boca rápidamente y me arrastró hasta la salida. Nadie hizo nada, miraban tranquilamente como él me sacaba a rastras del hotel.

Capítulo 17

PLANES MALVADOS



Hank consiguió meterme en el coche y luego bloqueó las puertas.

—Hank... déjame ir, por favor. —Empecé a llorar asustada.

El chofer arrancó el coche y miré con angustia por la ventana, como el hotel desaparecía de mi vista. Estaba temblando de miedo y mi primer impulso fue intentar golpearle y gritar. Pero apreté la mandíbula contra el impulso.

Me retorcí violentamente, mis piernas se movieron bruscamente en todas direcciones, pero Hank se tiró encima de mí y me inmovilizó.

—Para de moverte —gritó—. Nadie te salvará...

Una oleada de pánico se apoderó de mí y las lágrimas ardían tras mis párpados cerrados.

—Por favor... —dije llorando.

—Cállate. —Recibí una fuerte bofetada y perdí el conocimiento.

Algún tiempo después recuperé el conocimiento, o un estado similar a la

consciencia. Me sacudí. La cabeza me dolía, tenía el cuello rígido hasta el punto de sentir un dolor punzante.

Abrí los ojos y miré asustada a mi alrededor. Mi cabeza descansaba en una almohada y mi cuerpo sobre un colchón viejo, usado y sucio. Un escalofrío me recorrió.

Tenía las manos y los pies atados, pero respiré aliviada al ver que llevaba ropa.

—Por fin despiertas... —dijo Hank y se levantó de su silla—. Tengo planes contigo y no quiero perder el tiempo.

—Hank, no lo hagas. —Mis palabras y mi voz parecían estar llevando una especie de retraso, era casi lenta, como si estuviera borracha.

—Cuando vi el video, cuando vi la cara de satisfacción de esa puta... —Apretó los puños y cerré los ojos—. Vas a pagar por todo.

—Por favor... —empecé a llorar.

—No me conmueven tus lágrimas, Clara.

Abrí los ojos sorprendida.

—Eso es. —Me miró fijamente—. Sé quién eres, sé dónde vives porque llevo tiempo vigilándote.

—Entonces deberías saber que lo hice por el dinero...

—Me importas una mierda. —Se sentó a mi lado—. Allí hay una cámara. —Señaló la mesa—. Y allí hay otra. —Señaló una silla—. Tan solo tienes que dejarte llevar... igual que esa noche.

—No.

—Solo que ahora terminarás siendo mía. No saldrás corriendo. —Rio y estiró el cuello—. Mmm, llevas el mismo perfume. —Se estiró a mi lado y lo

empujé con las piernas.

—No me toques, imbécil —grité fuerte y él empezó a reír.

—Nadie te escucha. —Se puso de pie y se acercó a la mesa—. Vamos a llamar a tu... ¿amante?

—Se fue esta mañana —dije y él negó con la cabeza.

—No, cariño... sigue aquí. —Abrió mi bolso—. Está... está borracho ahora mismo. —Tomó mi móvil— ¿Cómo lo tienes guardado en tu móvil? ¿Amorcito? ¿Cariño?

—Mi jefe idiota...

—Vaya, es tu jefe. —Levantó el móvil—. Sonríe. —Tomó una foto.

Se sentó en la silla y dejó el móvil encima de la mesa.

—Sí...

Se escuchó la voz de Cristian y levanté la mirada.

—No me conoces, pero yo a ti sí —dijo Hank—. Te enviaré una foto y si te interesa, llámame a este número. —Colgó y sonrió.

—Déjame ir, Hank...por favor.

—¡Cállate! —gritó y golpeó la mesa con el puño.

Intenté moverme, pero mis miembros no respondieron, parecían rígidos y entumecidos.

¿Todo mi cuerpo estaba dormido?

Intenté moverme otra vez, pero fue sin éxito. Mis esfuerzos se reflejaron en movimientos bruscos y entrecortados. Frustrada, permanecí inerte.

—¿Por qué no puedo moverme? —sollocé.

—Te di algo. Pronto se irá —comentó mirando fijamente el móvil.

El pánico se apoderó de mí.

—¿Me drogaste?

—Parece que tu "amante" no te quiere —dijo burlesco.

—Bastardo hijo de puta...

El móvil empezó a sonar y dejé de hablar.

—Vaya, parece que al final le gusta la puta —murmuró para sí mismo.

—¿Qué quieres? —preguntó Christian gritando—. ¿Quién coño eres?

—Aquí las preguntas las hago yo —dijo Hank y se levantó—. ¿Quieres que la deje con vida? ¿La amas?

Hubo un silencio y sentí un amargo sabor de boca. Christian sabía quién era y seguramente él ya no quería saber nada de mí.

—Sí, la amo...

Sus palabras fueron lo último que esperaba. Me senté atónita y confusa. Esas palabras me hicieron llorar, me hicieron querer levantarme de esa cama y decirle que yo también lo amaba.

Momentos después, mis párpados se volvieron pesados, y estaba volando, cayendo en picado y luego volando otra vez. No soñé, solo volaba hacia el horizonte que no era ni blanco ni negro.

Capítulo 18

LÁGRIMAS DE FELICIDAD



—Despierta.

Noté una sacudida y abrí los ojos asustada. La cabeza me dolía horrores y mi cuerpo estaba dormido. Mi visión era borrosa, mis ojos se movían de un lado a otro, casi por instinto, para conseguir una apariencia de equilibrio.

Asustada, intenté mover todo a la vez, solo para descubrir que mis movimientos eran lentos e ineficaces.

—Deja de moverte, Clara —dijo Hank y se agachó—. ¿Tienes hambre? —Olió mi cabello—. ¡Qué bien hueles! Ahora mismo te desnudaría...

—Imbécil —dije y aparté la cabeza.

—Si te comportas de esta manera, te quedarás sin comida y sin agua. — Se alejó.

—No quiero nada, Hank. Vete a la mierda.

Me dio una mirada asesina y se sentó en una silla. Buscó en mi bolso y encontró mi cámara.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó mirándola con hambre—. Algo me dice que estás aquí por trabajo. Vamos a comprobarlo.

—¡No la toques! —grité—. No toques la cámara.

—¿Por qué? —Rio—. ¿Qué hay aquí? Solo quiero ver si tienes el vídeo conmigo.

Encendió la cámara y se quedó mirando los vídeos sin decir nada.

—Creo que cambiaré de planes —dijo y se puso de pie.

Dejó la cámara encima de la mesa y se acercó a la puerta.

—Me equivoqué. Creo que tu "amante" estaría dispuesto ayudarme. No es más que otra víctima tuya. —Abrió la puerta—. Empieza a rezar por tu vida. —Salió y cerró con llave.

Me retorcí violentamente, mis piernas se movían bruscamente en todas direcciones y empecé a gritar.

—¡Ayuda!

Las lágrimas bajaban por mis mejillas y el dolor sacudió mi cuerpo.

—¡Ayuda! —grité una vez más.

La llave giró en la cerradura y mis ojos se clavaron en la puerta.

—Supongo que deseas hablar a solas con ella —dijo Hank.

—Si no te importa.

Mi cuerpo se congeló al escuchar otra voz masculina. De pronto, tuve que ordenarme respirar. La voz era siniestramente suave, preocupada... ¿familiar?

—No me importa, socio.

La puerta se abrió y mecánicamente me centré en la persona que entraba.

Sabiendo que mis facultades estaban en orden, dejé salir un pequeño suspiro de alivio que sonó más que un sollozo.

—Christian...

Él entró y cerró la puerta con cuidado, luego apoyó su espalda en ella y se quedó mirándome fijamente.

—Clara...

Debería haber gritado, decir algo, pero simplemente me congelé. Él tampoco hablaba, solo me miraba perdido y triste.

Después de unos minutos, mi voz tembló:

—Lo siento mucho, Christian.

—¿Por qué, Clara? —Se acercó—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me engañaste?

Llegó a mi lado y miró angustiado mi cuerpo atado.

—Yo... tú me abandonaste, me dejaste tirada aquel día. Te amaba, quería casarme contigo. —Empecé a llorar y él se sentó a mi lado.

Tomó mis manos y la estrechó con fuerza.

—Yo también te amaba. —Apartó la mirada y llevó mi mano hasta su boca—. Y te sigo amando. Cambiaste mi mundo de una forma drástica cuando te conocí, llegaste de la nada y fuiste todo para mí. Mi vida fue un desastre cuando te dejé. —Levantó la mirada y vi sus ojos húmedos—. No puedo vivir un segundo más sin ti y sin tu amor.

—¿Por qué me dejaste? —pregunté llorando.

—Porque me obligaron. Tuve que hacerlo, Clara. —Dio un grito ahogado y apretó con fuerza mi mano—. Mi padre me obligó...

—No lo entiendo —dije y él torció una sonrisa.

—Me arrepiento de haberlo hecho. —Alargó la otra mano y secó mis lágrimas—. No sabes cuantas veces quise buscarte. Pensé que me odiarías después de lo que te hice.

—No he dejado de amarte, Christian. Lo intenté... llegué a sufrir una fuerte depresión y...

—Lo siento. Perdóname si no es demasiado tarde. —Una lágrima resbaló por su mejilla y tragué saliva, estaba arrepentido de verdad.

—Hay que darnos una segunda oportunidad —sonreí entre lágrimas—. Nunca es demasiado tarde.

—Gracias. —Acarició mis labios—. Gracias por amarme. Fue una noche increíble —sonrió—. No te lo dije.

—¿Cómo te diste cuenta que era yo?

—Algo sospechaba. Tu físico no cambió mucho y cuando vi el tatuaje, supe que había cometido un error. Por eso salí corriendo. Tuve miedo de enfrentarme a ti. Fue como si la vida me dio otra oportunidad y yo lo había estropeado todo.

—Mírame, Christian —dije y él fijó la mirada en mis ojos—. ¿Por qué dices que tu padre te obligó?

—Tus padres, Clara. Ellos engañaron y estafaron a mi padre. —Agrandé los ojos—. Él quería vengarse y por eso decidí alejarme de ti. Lo hice para que él no te hiciera daño. No lo conoces, es capaz de cualquier cosa.

—No lo sabía. Ellos dejaron atrás muchas deudas a mi nombre y por eso tuve que... que...

—Lo sé. —Colocó un dedo sobre mis labios—. Sé en qué consiste tu trabajo. Algo me dijo Hank y até los cabos sueltos. Mi mujer te contrató para que me seduzcas y que grabes un vídeo comprometedor para que ella se quede

con toda la fortuna.

—Es vergonzoso, lo sé, pero se gana mucho dinero. Las deudas de mis padres son enormes.

—No tienes que darme explicaciones. Lo entiendo.

—No me acosté con ninguno de ellos —dije y él me miró a los ojos—. Solo contigo y lo hice porque te amo.

—Oh, Clara. —Me abrazó—. Te hice tanto daño, perdóname.

—Te perdono —susurré—. Pero... ¿cómo vamos a salir de esta? Hank está como un loco.

—No te preocupes. —Tomó mi rostro en sus manos—. Tengo un plan. —Me besó y gemí—. He ganado su confianza. —Me guiñó un ojo.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo haré. —Me dio otro beso y se levantó—. Todo saldrá bien.

Llegó a la puerta y me dio una última mirada.

—Te amo —dijo y abrió la puerta.

Cerré los ojos y sonreí feliz. Estaba flotando en una especie de nube y me olvidé de todo. Olvidé que estaba atada y encerrada en una habitación, olvidé que tenía que llevar a cabo mi trabajo, olvidé que Hank estaba cegado por odio.

Estaba feliz y nada podía quitarme la sonrisa que dibujaba mis labios.

Capítulo 19

TUDO ESTÁ BIEN



—Deberíamos grabarla —sugirió Hank.

Al escuchar su asquerosa voz, abrí los ojos de golpe. Delante de la mesa, Hank y Christian estaban mirando algo en mi cámara de vídeo.

—¿Quieres borrar el vídeo que grabó ella? - preguntó Hank y Christian giró la cabeza para mirarme.

—De momento, no. Seguro que le encontraré otro uso —rio amargamente y tragué saliva.

—Como desees. —Dejó la cámara encima de la mesa y clavó la mirada en mi cuerpo—. No sabes cuánto deseo tocarla.

Christian apretó los puños y cerró los ojos con fuerza.

—Es muy buena en la cama —dijo con pocas ganas—. Hace maravillas.

Hank sonrió con malicia y se quitó la camisa.

—¿Qué te parece si nos grabas? —preguntó y Christian abrió los ojos enseguida—. Me gustaría ver un vídeo grabado en varios ángulos.

—No creo que sea una buena idea...

—Si te excitamos, puedes tenerla después. —Le guiñó un ojo y empezó a desabrocharse los pantalones.

Christian retrocedió y se acercó a la mesa.

—Eres un hijo de puta —grité con todas mis fuerzas.

Hank se quitó rápidamente los pantalones y se acercó a la cama.

—¿Recuerdas este cuerpo? —Me miró intensamente—. Disfruté mucho con tus caricias y tus besos, Clara. Empieza a grabar —dijo y se giró para mirar a Christian.

Su mirada se apagó y se acercó a la mesa. Tomó la cámara de vídeo y la encendió.

—Acércate más —dijo Hank y se estiró en la cama a mi lado.

Empecé a golpearle con los pies, pero sus manos ásperas agarraron mis caderas y presionó con fuerza. Las lágrimas inundaron mis ojos y un gemido escapó de mi pecho. Mis pulmones se lanzaron en busca de aire y mi pecho subía y bajaba, preso al pánico.

—¡Suéltame! —grité impulsivamente tan fuerte como pude, como si estuviera muriendo.

—Cállate, puta —dijo y se tiró encima de mí

—¡Quítate! —Mi cabeza palpitaba y sentía que me estaba muriendo.

Detrás de mis párpados, el mundo explotó en rojas corrientes de violencia; mi visión oscura se fundió con la adrenalina. Miedo líquido recorrió mi sinapsis llevando peligro a mis miembros. Mi mente le gritaba a cada fibra muscular de mi ser que se contrajera.

De repente vi a Christian acercarse despacio y me quedé quieta, dejando que Hank acaricié mi cuerpo. Él levantó la mano y golpeó la cabeza

de ese hijo de puta con la cámara de vídeo varias veces. El cuerpo pesado de Hank cayó desmayado encima mía y empecé a llorar.

—Ya está —dijo suavemente Christian y lo agarró por los hombros.

Lo tiró al suelo y se acercó para desatarme.

—Mi amor. —Su voz temblaba—. Lo siento...

Miré con lágrimas en los ojos como intentaba desatar la cuerda que tenía mis manos presas y respiré profundamente intentando tranquilizarme. Sus movimientos eran rápidos y caóticos, como si el mundo se acabara.

Sentía mis miembros rígidos y entumecidos, intenté levantarme, pero él enseguida me tomó en brazos. Lo hizo con tanta ternura que mis ojos derramaron más lágrimas. Mi pesada cabeza colgaba sobre su brazo. Podía sentir sus brazos.

Cambió mi peso en sus brazos hasta que mi cabeza colgó contra la tela de su camisa. Era bastante fuerte y me llevaba sin siquiera agitarse. Bajo mi mejilla podía sentir la dura extensión de su pecho. Olía ligeramente a jabón, una esencia masculina que para mí era bastante familiar.

—Te llevaré al hotel —murmuró—. Necesitas un baño caliente. Toma la cámara. —La dejó en mis manos.

—¿Qué pasará con Hank? —Miré por encima de mi hombro.

—No lo sé y no me importa. Mañana volveremos a casa y me encargaré de todo.

—¿De todo?

—Del divorcio y de mi padre —explicó y abrió la puerta del coche—. Para mi mujer tengo planeada una sorpresa y para mi padre una charla que lo dejará con la boca abierta.

—¿Estás seguro?

Me dejó con cuidado en el asiento y me miró.

—¿Sí estoy seguro? Te amo tanto que nada me importa. La vida me dio una segunda oportunidad y quiero aprovecharla. —Acarició mi rostro—. ¿Me perdonas? ¿Me dejas amarte?

—Por supuesto, pero... ¿y si las cosas no salen bien? No quiero pasar otra vez por lo mismo.

—Todo saldrá bien. —Me besó—. Tengo tantas ganas de abrazarte y llenarte de besos. Quiero sentir tu interior y quiero que me sientas. Quiero tenerte debajo de mí y quiero que mi cadera se mueva muy lentamente mientras agarres mi cuello y te mueves conmigo —susurró y miró con deseo mis labios.

—Bésame otra vez.

Él se inclinó y besó mi boca con suaves mordiscos y tiernos besos castos.

—Llévame al hotel —dijo y él rio contra mis labios.

—Ahora mismo.

Capítulo 20
EL AMOR LO CURA TODO


—Me siento como nueva. —Metí las manos en mi cabello húmedo y lo sacudí. Los ojos de Christian se posaron en mis movimientos y se levantó de la cama.

—Te ves preciosa —susurró.

Levantó la mirada hacia mí y me estremecí ante el calor, el anhelo y la determinación en sus ojos.

—Gracias.

—Sabes, ahora no voy a dejar de luchar por ti, por mí y por nosotros.

Y eso justo ahí...esa era una de las muchas razones por la que lo amaba.

—Somos afortunados, Christian. No todo el mundo tiene un amor como el nuestro.

Su respuesta a eso, fue empujarme hasta la cama y estirarse conmigo encima del colchón.

Mi respiración se atascó cuando él me abrió las piernas y presionó su cuerpo contra el mío. Se cernió sobre mí, una mano acariciando mi muslo.

—Necesito sentir ese amor de nuevo, Clara.

Asentí, sin palabras a medida que la excitación se extendía caliente y hormigueante entre mis piernas y en la curva de mis pechos.

—Yo también lo necesito.

Christian me despojó lentamente del pijama y su propia ropa hasta que estaba desnuda acostada bajo la poca luz que salía de la lámpara pequeña que había al lado de la cama.

Él estaba apoyado en sus rodillas sobre mí y lo devoré con la vista. Ante la cálida luz resaltaba su cuerpo duro y musculoso. Tenía que admitir que seguía igual de perfecto.

Mi mirada se movió hasta su rostro y me quedé sin aliento al ver la expresión de sus ojos.

—Sabes... recuerdo perfectamente la primera vez que te vi desnuda.

—Y yo recuerdo como me hiciste el amor. Fue algo más que tocar mi cuerpo.

—Fue contemplarte cada noche dormida a mi lado y sintiendo el calor de tu cercanía —dijo sonriendo.

—Fue recostarme en tu pecho y escuchar el latir de tu corazón, esa música hermosa que tranquiliza mi alma —dije mirándolo a los ojos.

—Fue confiarte mi vida creyendo que tú eras la medida de mi felicidad.
—Cerró los ojos—. Fui un tonto, Clara.

—Ya pasó, Christian.

Las lágrimas me escocieron los ojos al recordar ese momento y fue increíblemente hermoso darme cuenta que Christian tampoco había olvidado ninguna de las cosas de esa noche.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y él lentamente se posó sobre mí,

con una mano en mi cadera, la otra acunando mi rostro así poder limpiar la lágrima con el pulgar.

—Te compensaré por todo. Te amaré con locura —dijo con voz ronca, sus propios ojos brillando de emoción.

—Ya lo estás haciendo.

Por eso me besó suavemente, dulcemente mientras deslizaba la mano entre mis piernas y presionando su pulgar en mi clítoris.

Suspiré de placer, arqueándome ante su toque a medida que rodeaba mi clítoris, la necesidad arremolinándose bajo en mi vientre.

Justo cuando la tensión estaba a punto de estallar en mi interior, él rompió el beso y apartó el pulgar.

Mis ojos brillaron por el deseo inacabado.

Una pequeña sonrisa juguetona curvó las comisuras de su deliciosa boca y grité su nombre cuando deslizó dos dedos dentro de mí.

—Mírame, Clara —exigió e hice lo que me pidió.

Nuestros ojos permanecieron inmóviles mientras sus dedos se movían en mi interior con movimientos lentos y controlados.

Jadeé su nombre una y otra vez.

Me corrí en un grito de alivio, mientras me agarraba de las muñecas, manteniendo mis manos sobre mi cabeza y empezaba a empujar dentro de mí.

Mientras bombeaba las caderas contra las mías pensé que me iba a volver loca. Estaba en llamas por él.

Él besó mi cuello y me acarició un pecho. Arqueé la espalda con fuerza y él se movió en mi interior, conduciéndose profundamente y llenándome por completo.

Su agarre era firme y fuerte, y se condujo aún más profundo.

Quería tocarlo, pero cada vez que trataba de mover las manos, él las apretaba con más fuerza contra el colchón.

—Nunca dejaré de amarte... —gruñó, sus embestidas tornándose más rápidas y más duras.

Con esas palabras grité su nombre otra vez, mis músculos internos ondulando a su alrededor mientras me corría.

—Clara- gritó cuando sus caderas se detuvieron y luego se estremecieron contra las mías a medida que su propio fuerte clímax lo sacudía.

Apoyó la frente contra mi pecho mientras trataba de recuperar el aliento.

Me miró y soltó mis muñecas para descansar sus manos en mi cintura.

Rodeé sus hombros con mis brazos y envolví mis piernas a su alrededor, manteniéndolo dentro de mí.

—Mañana regresamos y no olvides que sigo siendo tu jefe. —Esbozó una sonrisa deslumbrante, deslizando sus manos de arriba hacia abajo por los costados de mi cintura en una suave caricia reconfortante.

—Eres un mal jefe. Te odié —dije, poniendo una mano en su mejilla.

—Y tú una mala empleada —rezongó—. Y me enamoré por segunda vez de ti. —Rozó su boca sobre la mía.

—¿Ah, sí? —pregunté, mirándolo con adoración.

—Y me enamoraría mil veces más. No me da miedo reconocerlo. — Sus labios se curvaron.

Lo devoré con los ojos y me mordí el labio en una sonrisa. Lo empujé juguetonamente y él se apartó riendo, salpicándome con besos traviosos.

Capítulo 21

PROMESAS



—No quiero separarme de ti —dije mirándolo fijamente, bajando mi mano hasta su pecho.

Sentí el fuerte latido de su corazón y recordé mis sentimientos por él. Desde el primer momento que nuestros ojos se vieron, supe que mi alma gemela había encontrado su pareja.

—Dame unos días, Clara. —Se acercó y me tomó por la cintura—. Confía en mí. Todo saldrá bien.

—¿Me lo prometes? —Mi voz temblaba.

En ese momento sentía lo mismo que hace cinco años cuando me había abandonado tan duramente.

—Te lo prometo. Deja todo en mis manos.

—Pero, tengo que ver a tu mujer. Tengo un contrato firmado con ella.

—Yo me encargaré de todo —aseguró.

—¿Qué quieres hacer? —Entrecerré los ojos.

Se veía muy decidido y tranquilo. Lo que tenía planeado me tenía bastante intrigada y eso me dio un poco de miedo. No quería perderlo otra vez.

—No te lo puedo decir. Tendrás que ver a mi mujer y si lo sabes puede influir en tu comportamiento.

—¿Qué hago con el vídeo? —Coloqué las manos en sus hombros.

—Mirarlo y recordar que te amo...

—Christian —suspiré y cerré los ojos—. No quiero perderte.

—Créeme que no cometeré el mismo error. Te amo demasiado.

Acaricié su mejilla, estudiando sus ojos para asegurarme que decía la verdad. Su amor por mí se reflejaba allí, junto con un creciente calor.

Me besó y sus manos se deslizaron por mi cintura, deliberadamente lento. Sentí la erección de Christian entre mis piernas rompí el beso, tocando mis mejillas sonrojadas.

—Alguien nos puede ver —susurré.

—No hay nadie aquí —dijo suavemente contra mis labios—. Este aparcamiento subterráneo no tiene cámaras de vigilancia.

Mi vientre dio un vuelco ante el pensamiento.

Sus dedos se deslizaron bajo el material de mi falda y la subió hasta la cintura.

—Si nos atrapan...

—No lo harán —susurró frenéticamente mientras sus dedos se deslizaban más allá de mi ropa interior.

—Christian... —jadeé cuando empujó dos dedos dentro de mí, a medida que su pulgar buscaba mi clítoris.

—Y si nos ven, saldrán corriendo —dijo, su voz ahora ronca con excitación.

—Puede ser mi amiga... —suspiré, tratando de concentrarme por encima del placer que estaba azotando mis sentidos.

—No hay nadie, Clara.

—Christian —exhalé cuando me acercaba al clímax. Mis manos se movieron tentativamente entre nosotros buscando la cremallera de sus pantalones—. Te quiero dentro de mí.

No necesité pedírselo dos veces.

Rápidamente se liberó y aproveché para quitarme la ropa interior. Tan pronto como estuvieron fuera de mi camino, lo guíe dentro de mí.

Sus dedos se clavaron en mis caderas a medida que bajaba hasta donde podía y me levantaba de regreso. Mi culo sintió la frialdad del coche que estaba testigo de nuestra travesura y gemí para protestar.

—Más rápido —jadeé.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo besé. Nuestras respiraciones estaban fuera de control a medida que nuestro beso se volvía salvaje, imitando el ritmo de nuestros cuerpos.

El orgasmo se abalanzó sobre mí y me eché hacia atrás para mirarlo a los ojos mientras luchaba para recuperar el aliento.

—Parece que nadie nos vio... —sonreí, satisfecha.

Él rio suavemente, calentando mi alma con su mirada tierna.

Nos acomodamos la ropa con rapidez, para ocultar que habíamos hecho el amor dentro de un aparcamiento público.

—Mañana te veo en la oficina. No tardes o me veré obligado a despedirte —río y me besó.

—Llegaré a tiempo, jefe.

Me agaché y tomé la maleta. Se subió en el coche y me quedé mirando hasta que desapareció por completo de mi vista.

Lo había recuperado y estaba feliz, pero me preocupaban las deudas de mis padres. Ese último contrato tenía que pagarlas, pero no me quedaba otra que confiar en Christian.

Capítulo 22

PROBANDO SUERTE



Christian

—¿Qué haces en casa tan pronto?

Dejé la maleta en el suelo y levanté la mirada. Las mejillas de Sandra estaban de un color rojo intenso y sus manos temblaban, una reacción extraña por parte de ella. Siempre fue firme y decidida, mostrando una frialdad poco común a veces.

—La reunión se canceló. —Entrecerré los ojos—. ¿Pasa algo?

—No....yo pensaba que...que...

—Me voy —dijo una voz de hombre y mis ojos se agrandaron.

—Eh, mira...Christian, él es...

—¿Quién soy? —preguntó él y la tomó por la cintura.

—¿El fontanero? —susurró bajito y me miró asustada.

—Y una mierda, Sandra. —La besó y se dio la vuelta—. Explícale esto a tu marido. —Sonrió miró a los ojos—. Es una mujer increíble. —Me guiñó un ojo y salió de la casa, dejando que un silencio molesto reine nuestro alrededor.

—Puedo explicarlo. —Se frotó las manos y tiró de su camiseta hacia abajo—. No es lo que tú piensas.

—No me importa, Sandra —dije cortante—. Pronto firmaremos el divorcio...

—Sí, pero...

—Pero quieres quedarte con mi dinero, ¿no es así? —Me acerqué y la miré con desprecio.

—No, Christian. ¿De dónde sacaste esa tontería? —Intentó tocar mi mejilla, pero di un respingo—. Y no quiero divorciarme.

—¡Lo harás! —grité asustándola—. Te quiero fuera de esta casa cuanto antes.

—No, yo lo siento...

—Sandra, si no lo haces... —Agarré su barbilla y la miré fijamente a los ojos—. Me aseguraré de que todos sepan qué clase de mujer eres.

—No, no lo hagas, por favor. —Golpeó mi mano y se alejó—. Firmaré...

—Ah, y otra cosa. —Se mordió los labios y me miró—. Tu plan no funcionó.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta, Sandra —gruñí—. ¿Pagando para que me pillen siendo infiel?

—¿Qué? —Agrandó los ojos—. ¿Esa puta habló?

—Cuida tu boca. No hables así de ella.

—Ay, no me digas que te enamoraste...

—Fuera de mi vista —seguí gritando y ella se alejó pavoneando su trasero.

—Esto no se quedará así —dijo mientras entraba en la cocina.

Tomé la maleta y subí rápidamente las escaleras. Al final, las cosas con Sandra se arreglaron solas. Sospechaba que tenía un amante, pero nunca me había imaginado que tenía valor de traerlo a casa mientras yo no estaba.

Me quedaba dejar las cosas claras con mi padre.

Dejé la maleta en el suelo y me senté encima de la cama. Sonreí al recordar el rostro precioso de mi amor. Aún seguía sin creérmelo.

El parecido con Clara me resultaba impactante y cuando tuve la oportunidad de disfrutar de ese maravilloso cuerpo, todas las dudas se aclararon. Ver el tatuaje en su hombro al día siguiente, confirmó mis sospechas.

Actúe sin pensar, huyendo sin afrontar las consecuencias de mis actos y cuando recibí la llamada de ese monstruo, me había asustado.

No quería perderla otra vez, no quería cometer el mismo error y abandonarla.

Clara me había perdonado y cada vez que recordaba el momento en que sus ilusiones fueron destrozadas por mis decisiones, me sentía culpable.

Me amaba y yo también. Fui un tonto por haber dejado que mi padre tomé las riendas de mi vida.

Había dejado prácticamente toda mi vida en sus manos y eso perjudicó a Clara. Le había destrozado el corazón cuando la abandoné y aunque yo también estaba sufriendo, lo hice sin haberlo pensado dos veces.

Mi padre era una persona fría y calculadora. Siempre me había prohibido salidas, fiestas, cumpleaños e incluso citas con chicas.

Ellas tenían que cumplir con todas las expectativas, eso decía y nunca había cuestionado sus acciones. Hasta que conocí a Clara, hasta que me enamoró y me hizo ver el mundo de otra forma. Con ella todo era perfecto, dibujado en

mil colores y con sentimientos hermosos.

Dejarla fue la peor decisión de mi vida y planeaba recompensarla y recuperar el tiempo perdido.

Mi padre estaba de viaje para firmar un contrato con una compañía de seguridad y aunque la empresa estaba a mi nombre, las decisiones las tomaba él.

Era hora de cambiar eso, era hora de presentarme allí como el único dueño.

Capítulo 23
RECUERDOS AMARGOS


Christian

—Quiero que te vayas, Sandra. —La miré de arriba abajo—. El divorcio ya está en manos de los abogados.

—Sabes... —Se acercó—. Tu padre no estará de acuerdo con esto.

—Mi padre tendrá que aceptarlo. —Abrí la puerta para salir—. Me encargaré de que así sea. —Cerré la puerta con fuerza y respiré hondo.

Me estaba ahogando en esa casa y cada vez que me encontraba con ella, deseaba sacarla a rastras y dejarla en la calle.

Estaba deseando que llegue el día de firmar ese divorcio para sentirme libre.

Llegué delante de la casa de mi padre y la miré con nostalgia. Recuerdos de mi infancia pasaron por delante de mis ojos y suspiré con tristeza. Mis padres cambiaron mucho, el dinero los cegó por completo y olvidaron que tenían que criar a un hijo.

No les culpaba por decepcionarme y aceptaba que fue mi culpa por esperar demasiado de ellos.

Aparté esos pensamientos para dejar el pasado atrás y vivir el presente con pasión.

Salí del coche y con pasos firmes me acerqué a la puerta. Dentro de mi corazón había un trozo que temblaba, estaba nervioso por ese encuentro con mi padre.

Había vuelto de su viaje y me había llamado para mostrarme el contrato que firmó con la compañía de seguros.

Metí la llave en la cerradura y la giré, esperando a que Chico venga a saludarme.

Ese perro labrador llevaba más de diez años con nosotros y era el único que me recibía ansioso.

Abrí la puerta y Chico saltó encima de mí, meneando su cola de un lado a otro, sin parar.

—Tranquilo, Chico —dije mientras lo acariciaba—. Vamos, baja...

—Solo a ti te recibe de esa manera —dijo mi madre y se acercó para darme un beso en la mejilla.

—Es porque soy el único que le muestra cariño.

Ella entrecerró los ojos y me miró de arriba abajo.

—Hoy vienes con ganas de pelea —comentó y tomó a Chico por la correa—. Tu padre te espera en su estudio. No quiero gritos —advirtió y se alejó tirando fuerte para que el perro la siga.

—Buenos días a ti también, mamá —murmuré triste mirando cómo se alejaba.

No le quedaba ni una pizca de cariño, la frialdad la congeló por completo.

Apreté los puños y enderecé los hombros.

Ya era hora de enfrentarme a mi padre y estaba más decidido que nunca.

Llegué delante de la puerta y pegué la oreja para escuchar. Estaba hablando por teléfono y su tono estaba bastante irritado.

Iban a salir chispas y gritos...

Entré sin tocar a la puerta y cuando sentí el olor a tabaco, mis músculos se tensaron.

—¿Dónde estuviste todo el día? —vociferó mi padre y me sacudió.

—En la casa de Harry, haciendo las tareas —conteste mirándolo con miedo.

—Mientes —dijo y su respiración inundó mi rostro—. Solo sabes mentir.

—Es verdad. Puedes llamar a sus padres y...

—¡Cállate! —gritó y me dio una bofetada—. No tienes permiso para salir por las tardes y lo sabes.

El olor a tabaco me retorció las tripas y vomité.

Me senté en la silla de cuero que había al lado de su escritorio y esperé a que terminé de hablar.

Cuando levantó la mirada, sentí un vacío enorme y tragué saliva. Estaba nervioso, pero no quería que él viera mi debilidad. Tomé la carpeta con el contrato y me eché hacia atrás, fingiendo estar leyendo.

—Ahora termino de hablar —avisó él y asentí con la cabeza, sin mirarle.

Odiaba estar en ese estudio, allí fue donde recibía todas las charlas y todos los castigos.

Capítulo 24

ENFRENTAMIENTOS



—¿Qué tal, hijo? —preguntó mi padre y dejó encima del escritorio el teléfono móvil—. ¿Cómo está Sandra?

—No tengo ni idea. —Dejé las carpetas al lado de su móvil.

Él me miró fijamente y una sensación de inquietud mezclada con inseguridad, se apoderó de mí. Era la primera vez que me enfrentaba a él y no sabía cómo terminarían las cosas.

—¿Pasa algo? —preguntó después de un rato.

—Sandra y yo nos divorciaremos —contesté secamente y él golpeó el escritorio con el puño.

—¡No lo harás! —vociferó y tiró lejos las carpetas—. Ella es perfecta para ti, no lo entiendo.

—Nunca lo entenderás.

—¿A qué viene esto?

Se puso de pie y se acercó hasta donde estaba yo sentado. Colocó las manos en mis hombros y empujó hacia abajo, como siempre hacía cuando estaba enfadado conmigo.

—No la amo...

—¡Cállate! —gritó y apretó sus dedos haciéndome daño—. No hables.

Aparté sus manos y me puse de pie para enfrentarlo.

—Es mi vida. Ya no puedes controlarme. —Apreté los puños—. Yo soy el único dueño...

—Eres una mierda. —Apretó la mandíbula y levantó la mano, pero luego la bajó de mala gana.

—Si te atreves a pegarme...nunca más me vas a ver —amenacé.

—Necesitas que alguien te abra los ojos, que tome decisiones por ti. Nunca fuiste capaz de hacerlo.

—Porque no me importó, pero se acabó. Prepárate para renunciar a la empresa.

—¿Qué?

—Ya está en venta y por cómo van las ofertas conseguiré un buen precio. —Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones y esperé a que contestase.

—No puedes hacerme esto. Tú no vales nada en la empresa. Soy yo quien la dirige —escupió furioso.

—La empresa está a mi nombre y puedo hacer lo que quiero con ella —dije y él se acercó para cogerme por el cuello de mi camisa—. Ya no soy un niño y suéltame.

—¿Por qué haces esto? —Me soltó. Creo que hasta ahora he sabido cómo llevarte por el buen camino.

—Fui un ciego todos estos años. Tu y mamá nunca me habéis mostrado cariño, no fuisteis una familia para mí.

—Tienes todo lo que necesitas, dinero, fama y una mujer hermosa. Todo

eso es gracias a mis esfuerzos, Christian.

—Me has arruinado la vida...

—Ya sé por dónde van los tiros. —Entrecerró los ojos—. Es por esa muchacha, ¿verdad? Ella no era adecuada para ti. Era igual de pobre como sus padres.

—No hables así de ella.

—Es por ella todo esto —murmuró—. Me habían estafado, habían robado dinero de nuestra empresa. No podía dejar que ensucien nuestro nombre.

—Ella no tuvo la culpa, padre —levanté el tono de voz—. ¿Y sabes porque la dejé plantada delante de todos? No fue porque me lo pediste tú, fue porque encontré la carpeta...

—¡Cállate!

—¡Querías matarla! —vociferé—. Me fui de su vida para no perderla para siempre. Y mi decisión fue la acertada. La vida me dio otra oportunidad y pienso aprovecharla.

El silencio reinó la habitación y solo se escuchaban las respiraciones pesadas y llenas de rabia.

—No quería matarla. —Se pasó la mano por el pelo y se acercó al escritorio—. Quería asustarla, por eso había contactado con ese mercenario. Tan solo asustarla.

—No puedo creer que eres mi padre. —Lo miré con tristeza—. Esta es la última vez que vengo aquí. No quiero nada de ti o de mamá. Os quiero lejos de mi vida —suspiré—. Adiós, papá.

—Hijo...

—Olvida que soy tu hijo... —mi voz se ahogó—. Olvida que tienes un hijo.

Di la vuelta sin mirarle y cuando llegué delante de la puerta, recordé algo que una vez me había dicho él.

—Te protegeré siempre, hijo y cuando seas mayor, te daré completa libertad.

Abrí la puerta, fuera me esperaba una vida mejor, una vida feliz al lado de mi amor.

Fuera me esperaba la libertad.

Capítulo 25

DECISIONES



Clara

—¿En serio? —Me miró con asombro—. No me lo puedo creer. ¿Tan rápido lo has perdonado?

—Lo amo, Tania. —Dejé el contrato firmado encima del escritorio—. Y él también me ama.

—Firmaste un contrato, Clara. Su mujer puede poner cargos contra esta empresa...

—Me da igual. No pienso seguir con esto. —Señalé la oficina—. Hoy cerraremos para siempre la empresa.

—Me parece bien. Sabes que yo tampoco quiero seguir con esto. —Se acercó y me agarró por el brazo—. ¿Y las deudas? ¿Cómo las vas a pagar?

En sus ojos vi preocupación, ella fue un gran apoyo para mí. Me ayudó a salir adelante y renovar mis fuerzas.

—Tengo un trabajo.

—Ah, es verdad —ríó—. Trabajas para Christian. ¿Y cómo os lleváis? Debe ser raro...

—No lo sé. —Suspiré—. Llevo días sin verlo y estoy preocupada.

Tampoco me llamó.

—Seguro que estará liado con el divorcio.

—Supongo.

—Hola chicas —dijo Alan mientras abría la puerta.

—¡Alan! —exclamé y me acerqué para abrazarlo—. ¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana —dijo y le dio un beso a Tania en la mejilla—. Os he echado de menos. Fue un viaje muy aburrido.

Me miró fijamente y me perdí por un momento en sus ojos.

—Nos vemos luego —dijo Tania y cerró la puerta.

—¿Cómo fue tu viaje? —preguntó y se acercó para colocar un mechón rebelde detrás de mi oreja—. ¿Tu jefe se portó bien?

Miró mis labios y dejó caer la mano para colocarla en mi cuello.

—Sí, se portó bien. Hay algo que quiero hablar contigo.

—Ya, me lo imagino. Me lo vas a decir esta noche. —Acaricio mi cuello—. Te invito a cenar.

—Alan...

—Por favor, Clara. Algo me dice que esta será la última vez que salimos juntos. —Rozó mis labios con sus dedos y cerró los ojos.

—Está bien.

Abrió los ojos y se alejó.

—Paso a recogerte sobre las siete —comentó y forzó una sonrisa—. Te espera un regalo encima de tu cama.

—¿Un regalo? —pregunté bajito.

—Sabes que siempre traigo regalos de mis viajes.

—Yo no compré nada...

—Te veo esta noche —dijo y salió de mi oficina a grandes zancadas.

Me desplomé en el asiento y respiré hondo. Alan siempre estuvo enamorado de mí, pero no podía estar con él sin amarlo. El dueño de mi corazón siempre fue Christian, mi amor por él nunca murió, solo se escondió y esperó una nueva oportunidad.

No quería hacerle daño a Alan. Él siempre me cuidó y me trató con cariño. Le tenía mucho aprecio, pero no lo amaba.

Estaba preocupada por Christian. Desde que hemos regresado del viaje, no me llamó, no me visitó y tampoco se presentó en el trabajo.

Desapareció por completo. No dudaba de su amor, pero me tenía intranquila.

—¿Nos vamos? —preguntó Tania mientras abría la puerta—. Quiero terminar con esto.

—Sí.

Me puse de pie y tomé la carpeta con los documentos de la empresa.

Estábamos las dos decididas de cerrarla para siempre.

—Alan te quiere mucho, Clara. —Cerró la puerta y empezó a caminar a mi lado

—Lo sé, pero yo no puedo...

—Es un buen hombre —suspiró—. Demasiado diría yo. Es una pena que está enamorado.

—¿Espera? —Tiré de su brazo—. ¿Te gusta?

—Bueno...

—Confiesa, amiga.

—Sí, me gusta, pero él te ama a ti. Es difícil entrar en un corazón

cerrado.

—Deberías decirle lo que sientas, Tania.

—¿Tú crees? —Me miró esperanzada.

—Así no te quedarás con la duda. —Apreté su brazo—. Hazlo, Tania.

Tienes todo mi apoyo.

—Lo haré. —Sonrió tímidamente—. Gracias amiga.

Me abrazó un largo rato y después se alejó para mirarme.

—¿Sabes que John se tiró a su mejor amiga?

—¿A Beka? —Agrandé los ojos—. Se suponía que son amigos de toda la vida.

—Más bien...follamigos.

—Tienes razón. —Reí y empecé a caminar—. Vamos a firmar los papeles y decirle adiós a esta empresa.

Capítulo 26

UN REGALO ESPECIAL



—¿Te regaló una pulsera? —preguntó Tania y agarró mi mano para verla mejor.

—No es una pulsera cualquiera —suspiré y cerré los ojos.

—¿De qué estás hablando? —Soltó mi mano y abrí los ojos.

—Esta pulsera la vi en un escaparate hace dos años. En el viaje que fuimos todos a Tailandia.

—No me recuerdes ese viaje. Fue horrible...

—Porque no dejabas la botella de tequila. —La miré mal.

—Estaba... sufriendo.

—Sí, claro.

—Déjalo. Cuéntame más. —Me miró intrigada.

—Alan me invitó a pasear por la ciudad y en una tienda vi esta pulsera, me llamó la atención, pero me pareció cara y no me la compré.

—Parece que la compró Alan...

—Sí...—Miré la pulsera—. La compró él.

—Wow...eso... ¿ves porque no quiero decirle nada? Él te quiere a ti.

—Pero yo no, Tania. Siempre lo vi como a un amigo. —Me senté en la cama—. No quiero hacerle daño.

—No quiero estar allí cuando se lo dices.

—Creo que se lo espera. Será mejor que me vaya. No quiero hacerle esperar.

—Suerte y llámame por cualquier cosa.

—Por aquí, señorita. El señor White la está esperando.

Seguí al camarero mirando a mi alrededor. Llevaba tiempo sin entrar en ese restaurante. Allí fue donde conocí a Christian, donde nuestras miradas se juntaron para siempre. Me sentía extraña estar allí de nuevo y sin él.

El dueño del restaurante levantó la mirada y sonrió abiertamente. Giancarlo fue un gran amigo para mí y Christian. Después de esa escapadita que tuvimos los dos en la cocina, él se había encariñado bastante con nosotros.

Le devolví la sonrisa y seguí caminando buscando con la mirada a Alan. Cuando lo vi, alejé cualquier otro pensamiento, intentando tranquilizar mis nervios. Se veía guapo con una camisa negra remangada y pensativo. No podía negar que era un hombre atractivo y sensual. Recordé varias salidas de fiesta en las cuales, las chicas siempre intentaban llamar su atención.

—¿Por qué sonrías? —preguntó él mientras se levantaba.

Llegó a mi lado y me dio dos besos largos en las mejillas.

—No quieres saberlo...

—Oh, no. Te equivocas Clara. Si algo te hace sonreír de esta manera,

quiero saberlo.

Me ayudó a sentarme y fijó la mirada en mi muñeca.

—Veo que llevas la pulsera. —Se sentó y estiró las manos encima de la mesa.

El camarero dejó dos menús y se retiró en silencio. Toqué la pulsera con los dedos y él sonrió.

—Gracias por el regalo, pero...

—Pero nada Clara. Sé que lo nuestro no puede ser y quería regalarte algo que te recuerde lo que tuvimos. Nuestra amistad es hermosa y no quiero perderte.

Sentí un nudo en mi garganta al escuchar su voz suave y triste. Las lágrimas asomaban para salir y apreté con fuerza los dientes, no quería llorar.

—Alan... siempre estarás en mi corazón. —Estiré una mano y toqué sus dedos.

Bajó la vista y forzó una sonrisa.

—Y tú en el mío. Y ahora dime, ¿por qué estabas sonriendo? —Agarró mi mano y la estrechó.

—Bueno, no voy a mentir. Hoy te veo muy elegante y guapo, y...

—¿De verdad? —Sonrió haciendo que me sonroje.

—Sí, y recordé cómo las chicas intentaban acercarse a ti.

—Y tú ahuyentándolas diciéndoles que soy tu novio...—Empezó a reír.

—Es verdad.

—Hola Clara —dijo una voz conocida—. ¿Interrumpo algo?

Levanté enseguida la mirada y me topé con los ojos de Christian que miraban fijamente las manos unidas de Alan y yo.

—No, Christian...

Solté la mano de Alan y me puse de pie.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mirando fijamente su rostro.

Se notaba que no había dormido bien y que no se había cuidado. Estaba triste por algo y me dolía verlo de esa manera. Estaba sufriendo solo y sin mí.

—Estoy con mi abogado. —Giró la cabeza en dirección a una mesa apartada—. ¿Y tú? —Miró fijamente a Alan.

—Está conmigo —contestó Alan por mí y se puso de pie—. Estamos cenando. —Me agarró por la cintura.

—Ya veo —murmuró Christian y apartó la mirada—. Os dejo... tranquilos.

—No, Christian. —Lo agarré por el brazo y él tiró suavemente para soltarse—. ¿Dónde has estado todos estos días? ¿Por qué no me llamaste? —Sentí mis ojos húmedos—. ¿Por qué?

—Tuve cosas que hacer y veo que tú también —dijo y dio la vuelta para irse.

Caminó serpenteando entre las mesas y las lágrimas resbalaron por mis mejillas al verle desaparecer de mi vista.

—No te quedes parada —dijo Alan—. Ve tras él. —Me empujó suavemente—. Te ama, Clara. Lo vi en sus ojos.

—Pero...

—No le des más vueltas. Sé feliz, Clara. Te lo mereces. —Besó mi mejilla y se fue dejándome sola en el medio del restaurante.

Capítulo 27

UNA COCINA CON ENCANTO



—Está en la cocina —susurró alguien en mi oído.

Giré la cabeza y encontré a Giancarlo sonriéndome de lado.

—¿Cómo estás, hermosa? —Me dio dos besos—. Parece que os gusta mi cocina. —Me guiñó un ojo y me empujó suavemente—. Él te espera.

Me sequé las lágrimas con el dorso de mi mano y empecé a caminar. Mis ojos se posaron en la puerta cerrada de la cocina que fue el testigo de muchos encuentros únicos en la vida. De repente, sentí unos nervios acumulándose en mi estómago y mis piernas dejaron de moverse.

¿Y sí quería despedirse de mí para siempre?

No sabía qué hacer, tenía miedo de enfrentarlo. No quería perderlo, habíamos sufrido suficientemente los dos. Escuché una tos educada y ordené a mis piernas a que se muevan.

Llegué delante de la puerta y la empujé suavemente. Un olor familiar a salsa me envolvió y cuando giré la cabeza, alguien cubrió mis ojos.

—Prueba esto —dijo Christian y pasó un dedo por mis labios—. Es una nueva receta de Giancarlo. Tiene pensado darle nuestro apellido.

—¿Apellido? —Me relamí los labios y gemí suavemente cuando la

salsa se derritió en mi boca dejando un ligero sabor a menta.

—Claro, si es que quieres casarte conmigo...

Quitó la mano que cubría mis ojos y dejó a la vista una mesa repleta de rosas azules.

—Yo... —Empecé a llorar—. Oh, Christian, recordaste las flores.

—Por supuesto —susurró en mi oído—. Y no son suficientes. Fueron muchos los días que no tuve la oportunidad de dejarte una en tu almohada como siempre hacía. —Besó mi cuello—. Te amo, Clara. Cásate conmigo.

—Pero...yo...

—Tienes buenos amigos y Alan... —Se quedó pensativo—. Al final me cae bien.

—¿De qué estás hablando? —Me giré para mirarle.

—Esto... —Señaló la mesa y la cocina—. Fue idea de tus amigos.

—¿Mis amigos? —Abrí los ojos de par en par.

—Hace dos días, Tania me llamó para echarme la bronca —explicó—. Dios, no hay quien pare esa boca...

Reí y asentí con la cabeza.

—Me llamó de todo. —Se rascó la nuca—. Me dijo que estabas triste y eso me dolió. No me había dado cuenta, perdóname. No quería que mis asuntos te afecten a ti también. Quería resolver todo y luego buscarte. Tuve que enfrentarme a mi padre y...

—Shhh, te perdono. —Coloqué un dedo sobre sus labios—. No hace falta que me des explicaciones.

—Quiero hacerlo. No quiero que pienses que te abandoné otra vez. —Sentí arrepentimiento en su voz.

—Admito que lo pensé, pero sé que me amas. —Me apreté contra su cuerpo—. ¿Y qué más te dijo Tania?

—Que debería darte una sorpresa. Que debería llamarte, que debería buscarte, y más cosas. Dijo que ella se ocuparía de todo y que me llamaría al día siguiente.

—Mhm... —respiré hondo para inhalar su perfume.

—Al día siguiente me llamó Alan.

Me tensé por un segundo y levanté la mirada.

—Dijo que regresaba de un viaje y que Tania lo había llamado. Que tiene una idea y que le indique un lugar especial —comentó y me miró a los ojos—. Este restaurante es un lugar especial para nosotros, ¿verdad?

—Lo es.

—Él dijo que solo se encargaría de traerte aquí y que del resto me tengo que ocupar yo. —Besó mi frente—. Ese Alan, te quiere mucho. Sabes... le pregunté por qué estaba haciendo esto y porqué me ayudaba.

—¿Qué contestó? —pregunté bajito.

—Que lo hacía porque eres una gran mujer y que necesitas estar feliz al lado de hombre que amas. Que tenía que despedirse de ti y poner fin a algo que no tiene futuro. —Levantó la mano y miró mi pulsera—. Es un regalo muy hermoso.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y él me abrazó.

—Te amo tanto, Clara —susurró con los labios pegados a mi cabello.

—Yo también —dije entre sollozos—. Pregúntame otra vez.

—Lo haré. Se apartó un poco—. Pero tienes que encontrar algo. —Miró en dirección a la mesa llena de rosas—. Debajo de esas flores hay una

pequeña cajita. Encuéntrala. Las rosas no tienen espinas...

—Oh...

Me acerqué a la mesa y aparté un poco algunas rosas. Debajo había una cajita de terciopelo azul y la agarré con las manos temblorosas.

—Ábrela —dijo Christian y me abrazó por detrás.

Abrí la cajita y suspiré. El anillo era idéntico al primero que me había regalado, solo que la piedra era de color azul.

—¿Quieres casarte conmigo, Clara? Creo que somos la pareja perfecta. Quiero compartir mi vida contigo.

—Sí, quiero, porque haces que mi vida sea mucho mejor cuando estamos juntos y porque te amo más de lo que puedes imaginar. —Sonreí y di un grito cuando escuché un ruido.

—¡Felicidades! —gritaron mis amigos mientras abrían botellas de champán.

—Ay, Dios mío. —Coloqué una mano en mi pecho—. Os voy a matar por este susto.

Tania empezó a reír y se acercó para abrazarme.

—Gracias, amiga —dije intentando aguantar las lágrimas.

—Te lo mereces, amiga.

Miré por encima de su hombro y vi como Christian y Alan estrecharon sus manos. Estaba feliz, no había perdido a mi mejor amigo, pero sabía que por dentro estaba sufriendo.

Alan me miró y sonrió. Una sonrisa sincera y llena de ternura.

—Gracias —susurré y él asintió con la cabeza.

EPÍLOGO



Tres meses más tarde...

—¿Qué haces parada en el medio del salón?

Escuché su voz y mis labios esbozaron una pequeña sonrisa. Lo había extrañado mucho durante el día. Siempre había adorado mi soledad, pero tenerlo cerca alteró eso. Éramos prácticamente inseparables y el único quien se interponía entre nosotros era su trabajo.

Christian estuvo trabajando muy duro estos meses y lo entendí perfectamente. Sus ideas cobraron vida y estaba ilusionado, el sueño de tener un negocio suyo, se hizo realidad. Había vendido la empresa de su padre y abrió un restaurante, junto con nuestro amigo Giancarlo.

Estaba feliz, lo veía sonreír todos los días y eso llenaba mi alma, pero lo echaba de menos. Solo lo veía por las noches y había decidido poner fin a ese sentimiento triste.

Di la vuelta y dejé caer la toalla que cubría mi cuerpo desnudo. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida y sonrió de lado.

Se quitó la americana y paseó la mirada por mi cuerpo, haciendo vibrar mi deseo.

—Vaya sorpresa... —susurró y empezó a desabrocharse la camisa.

—Hola, mi amor. —Le devolví la sonrisa—. Te estaba esperando.

—Ya veo... —Se quitó la camisa mirando fijamente mis pechos—. Lo siento por llegar tarde.

—Esto tiene que terminar —dije y él levantó la mirada sorprendido.

—¿Clara? —preguntó preocupado y empezó a caminar—. ¿Pasa algo, mi amor?

Estiró una mano para tocar mis labios y sentí su temblor. Mi estómago se encogió y traté de controlar mis nervios.

—Sí, pasa...

Dejó caer la mano y se alejó.

—¿Me vas a dejar? —preguntó con voz ahogada y apartó la mirada.

—No, tonto —sonreí—. Te amo y nunca lo haría.

Giró la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Entonces?

—Me siento sola en casa. El trabajo me ocupa tiempo y me siento contenta. No me quejo porque me gusta dibujar. Y todos los diseños que consigo llevar a cabo para la editorial, son tan buenos porque tengo mucho tiempo libre, pero...

—¿Pero? —Enarcó una ceja y estiró una mano para acariciar mis pechos desnudos.

—Te extraño... —Agarré su mano—. Te necesito... —La coloqué encima de mi sexo.

—Y yo también, Clara. —Presionó la mano y gemí mientras cerraba los ojos con fuerza—. Miro el reloj a cada hora deseando que el tiempo pase más rápido.

—Tengo una solución. —Abrí los ojos y empecé a desabrocharle los pantalones—. De hecho, es una sorpresa... —Bajé sus pantalones y luego me puse de pie para besarlo.

Mi lengua se adentró en su boca con hambre y cuando él profundizó el beso, me alejé enseguida.

—La sorpresa primero. Puede que no te guste...

—Oh, me gustará seguro.

—¡Voy a ser el nuevo chef de tu restaurante! —exclamé feliz y él agrandó los ojos.

—¿Qué? —parpadeó rápidamente—. ¿Y tus dibujos?

—No te preocupes por eso. Lo tengo todo controlado. Necesito pasar tiempo contigo y esta es la mejor forma de hacerlo.

—Es mucho trabajo para ti, Clara.

—No me importa. Estaré a tu lado. —Lo abracé—. Por favor...

—Por supuesto que sí. —Rio—. Así que una chef...

—Mhm... —Besé sus labios—. Y no quiero que te metas en mi cocina —advertí riendo.

—En cambio yo... —Besó mis labios—. Dejaré la puerta abierta de mi estudio. Puedes entrar en las pausas de mesa. —Me guiñó un ojo y me tomó en brazos—. Vamos arriba. Necesito estar dentro de ti.

Entre risas y gritos, Christian consiguió llevarme hasta arriba. Abrió la puerta de la habitación y me dejó encima de la cama.

Se quitó los calzoncillos y se estiró a mi lado.

—¿Sigues teniendo la cámara vídeo? —preguntó con los labios pegados a mí cuello.

—Mhm... ¿para qué la necesitas? —Giré la cabeza y miré fijamente sus labios.

—La necesito para grabar algo.

—¿Algo? —fruncí el ceño.

—Nuestro amor. Mi amor por ti... —dijo—. Quiero que nunca muera y que se quede grabado para siempre.

—Voy a por ella. —Le guiñé un ojo y me levanté de la cama.

Esa noche, la cámara fue testigo de un amor perfecto, un amor que consiguió sobrevivir a todas las pruebas que se interpusieron en su camino.

Sinopsis siguiente novela: Déjame entrar en tu vida

Tania se enamoró de su amigo, un buen amigo con un corazón roto. Un corazón hecho pedazos con heridas profundas y marcado para siempre.

Ella no quiere perderlo, no quiere renunciar a él y finge ser su mejor amiga.

Intenta consolarlo como amiga, pero los sentimientos se vuelven confusos cuando se quedan atrapados en un ascensor.

Todo cambia y la amistad que tienen cambia de una manera dolorosa.